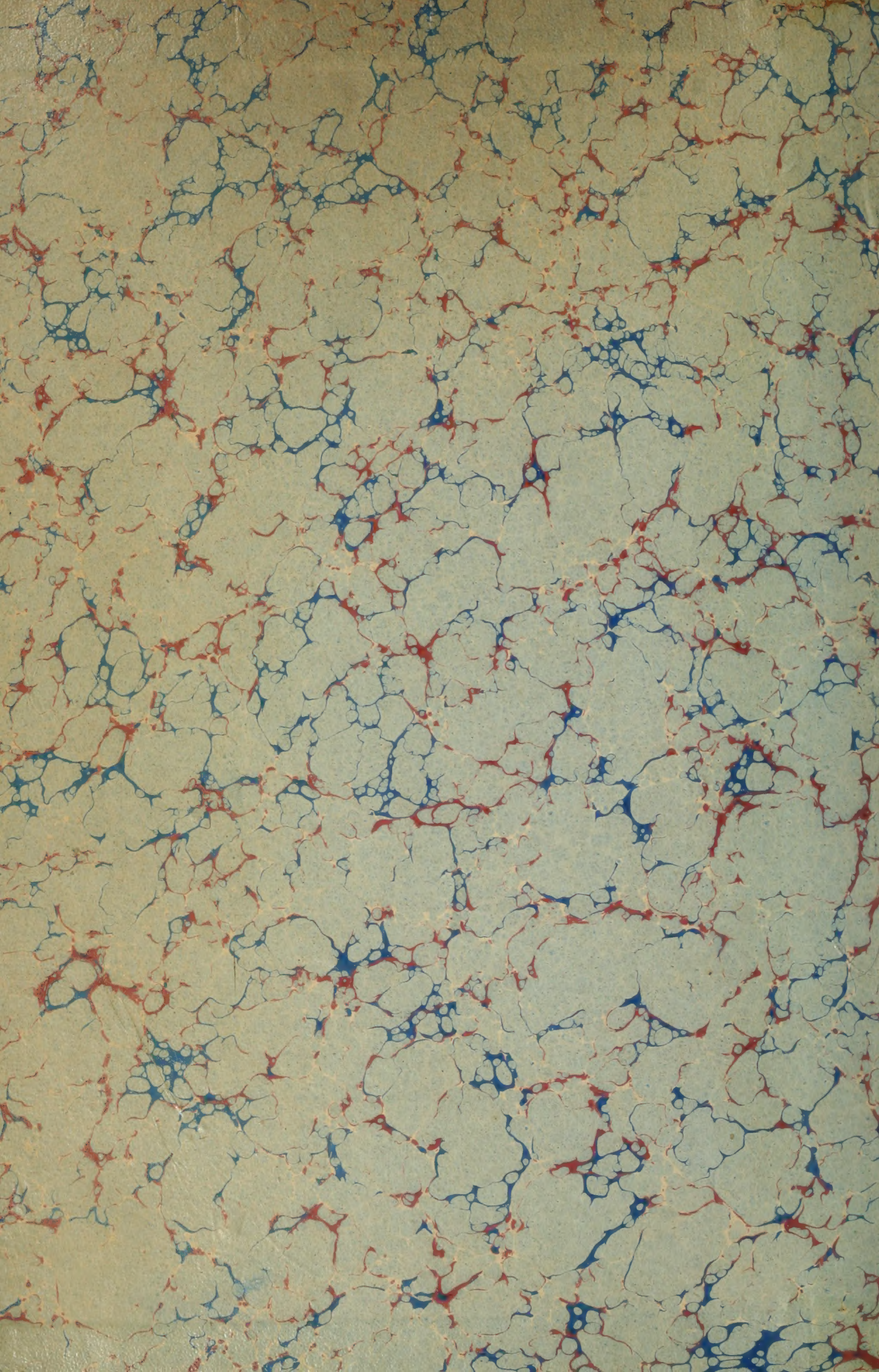
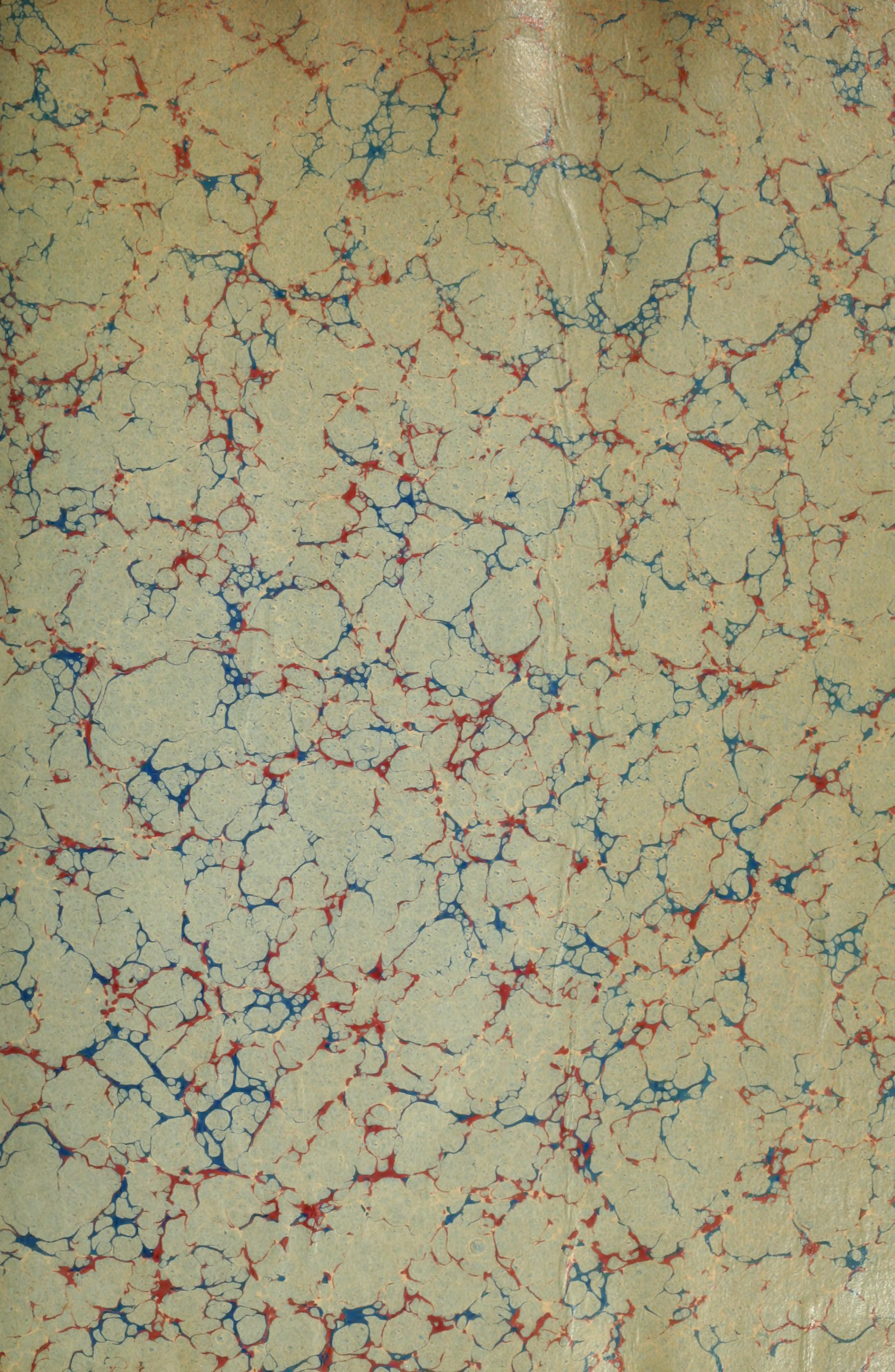






DISCURSO

LEÍDO ANTE

SUS MAJESTADES Y ALTEZAS REALES

POR EL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL

EN JUNTA PÚBLICA CELEBRADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DIA 17 DE MAYO DE 1908

CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL

DOS DE MAYO

VARIAS POESÍAS PATRIÓTICAS

DE AUTORES QUE VIVIERON DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Infantas, número 42, bajo izquierda
1908

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ALEJANDRO PIDAL

SEÑOR:

Honrado por la Real Academia Española con el encargo de llevar su voz en estos solemnes momentos para rendir el homenaje de nuestra más profunda veneración á los héroes de la Independencia española, ante las gradas del trono que ostenta en Vuestra Majestad la más augusta personificación de la Patria, hubiera vacilado en arrojar sobre mis débiles hombros empresa de tanta pesadumbre sin la seguridad de que el clamor gigante de todo el sentimiento unánime nacional que vibra conmoviendo las fibras de los corazones de todos, reconociéndose en mis acentos, había de comunicarles toda su fuerza y darles toda la sonoridad para que repercutan aquí como el eco del grito del alma de todo el pueblo español aclamando la gloria eterna de los mártires que escribieron con su sangre en la Historia sobre los bronces y los mármoles de la inmortalidad, la fecha del día más memorable en los fastos de la nación española.

SEÑOR: Hay momentos en la vida de las naciones en que parece como que la Providencia, deteniéndolas ante un recuerdo, las invita á la meditación sobre el curso de sus destinos, y en estos instantes supremos como de examen de conciencia nacional parece que, como enmudecidos los ecos de toda parcial contienda, se levanta por encima de todos ellos la voz serena de la Historia, señalándolas entre las constelaciones de su cielo los puntos más culminantes á que se logró elevar la Nación al desarrollar la órbita de sus destinos, trazada por el dedo de Dios como invisibles derroteros, por las inmensidades del espacio.

Uno de estos días es seguramente el que conmemoramos aquí hoy, y á crimen de lesa Patria sonaría ante toda razón y ante toda conciencia profanar estos augustos instantes con toda otra consideración, otra mira, ni otro interés que la santa gloria de la Patria, nunca más pura ni mayor que cuando brilla suprema, unánime y soberana, sin distinción de clases, de partidos ni de regiones, fundidos todos como los brillantes matices del iris en la clarísima luz del sol, que derrama sus rayos de oro deslumbradores sobre las tumbas sagradas en que duermen el sueño de la inmortali-

dad las víctimas eternamente gloriosas que inmolaron heroicamente su vida en holocausto sangriento ante el ara santa del honor, de la libertad y de la independencia española.

No extrañe nadie, pues, de mí, que, fija y absorta la vista en la grandeza moral del acto sublime de nuestros padres, desdeñe distraer la atención desperdiciándola, ni siquiera en los sentimientos humanos, pero dolorosos y acerbos, que los sucesos sangrientos llevan necesariamente consigo cuando se engendran y cuando nacen, y que suelen ser la ocasión y el reato de esos grandes alumbramientos, ¡como si fuese decreto inexorable del hado que la púrpura del dolor sea siempre la envoltura sagrada de todo lo grande que aparece como redentor en el suelo!; pero sentimientos que pasado el instante y la sazón oportuna de recordarlos y sentirlos desaparecen y se pierden como las nieblas y las brumas que acompañan á las auroras y que lentamente se van depositando en los valles á medida que crece el día, hasta que brilla solo, sereno, despejado y radiante el sol en el cénit purísimo de los cielos.

Que no necesita, no, el incomparable espectáculo de las grandezas que conmemora este día, ni las recargadas tintas del marco negro, ni del fondo tenebroso, repugnante y aterrador con reflejos y con vislumbres de mal enjugada sangre para realce de la hermosura inmortal, que con su sola y propia y esplendorosa luz brilla y arde con el sereno fulgor de las bellezas ideales, que, á semejanza de las diosas del Olimpo en la clásica antigüedad, ejercen su irresistible fascinación con sólo ostentarse en toda la divina serenidad de sus naturales hechizos. Pues aunque, por otra parte, no fuese soberanamente injusto, además, hacer responsable á un pueblo entero por su naturaleza inmortal, de los errores históricos de un hombre, y aun á toda una generación de los excesos de una institución autocrática y hasta á la propia institución de los extravíos personales, aun de su propio fundador, recordándoselos con reproche, sobre todo cuando esa misma nación, ese mismo hombre y esos mismos sucesores y partidarios confiesan y lamentan pública y solemnemente su culpa; y todo sentimiento de odio no hubiese sido sofocado mil veces en el abrazo fraternal de dos pueblos nacidos para entenderse y que el ángel de la caridad ha sabido enlazar con guirnaldas de rosas frescas aún (de más segura y averiguada procedencia francesa que las trasegadas legiones y el propio César invasor), sería profanar á mis ojos el acto que estamos llevando á cabo aquí de veneración y de amor á sublimidades y excelsitudes del espíritu triunfador de las viles pesadumbres de la materia, que reciben á los cien años hoy el fallo imparcial de la posteridad en forma de corona de inmarcesibles laureles, dar audiencia en este senado de todas las grandezas morales á los salvajes aullidos del rencor y del odio, que tuvieron su oportuna y hasta su santa ocasión entonces, para estímulo de nuestros deberes, pero que sería odioso resucitar aquí ahora para cebarse en la mal sana delectación de tan triste y doloroso recuerdo, hoy que sólo debemos tener ojos para admirar la abnegación, el sacrificio, el heroísmo, en una palabra: la *Virtud*,

que no necesita de los estímulos del vicio, de que triunfó soberana, para que se la reconozca y adore en la llama santa, ardiente, inmortal de su inmaculada pureza.

No dé nadie, pues, más valor á lo que se aduzca esta tarde como obligado fundamento de la gloria que conmemoramos, que el de dato ó documento histórico forzosa y necesariamente aportado por la inevitable realidad al debido conocimiento del hecho en que se basa el homenaje. Si en los desgarradores acentos de las poesías de actualidad en la época en que se escribieron vibran acentos de dolor que no pueden menos de despertar con sus ayes los ecos inexorables de la indignación y hasta los sordos rugidos de la ira, sería ofender vuestra ilustración asegurar que no los lanzamos como *gritos de guerra* al soplo de las auras de paz de que afortunadamente gozamos, sino como testimonios vivientes, imperecederos y, por lo tanto, frescos aún, de la fuerza y de la tensión de los gases que produjeron aquella explosión. Son los ecos tonantes de las detonaciones formidables que elevaron el proyectil á lo alto de los cielos y de las nubes, reproducidas por el fonógrafo revelador de la escritura y de la imprenta. Admiremos y celebrémos en ellos la fuerza, la pureza, la grandeza de elevación del estro que se lanza como un surtidor de agua cristalina y transparente, que brota, es cierto, del fondo del cráter de un volcán, al que, si no le debe su pureza, su transparencia y su brillo, le debe, á lo menos, la ocasión de ostentarse á la vida, al aire y á la luz, en vez de filtrarse silencioso en las frías y subterráneas arenas, como hubiera podido suceder sin el cataclismo geológico que lo empujó, transformando la corteza de la tierra que lo cubría.

No espero que haya nadie que pretenda fuera de aquí que este modo de considerar la grandeza de estos sucesos amengüe en nada el entusiasmo y el amor á las víctimas del atropello sangriento cuyo recuerdo celebramos, y que piense que sólo es posible de conmemorar dignamente perpetuando los odios, las maldiciones y las venganzas sobre sus autores y sus descendientes hasta la última generación; pero, por si fuese posible que hubiera alguno, por desdicha, ha de serme permitido que alegue, en defensa de mi ordenada moderación, la santa y divina filosofía de la Cruz, que, como es la filosofía por excelencia, nos traza, en esto como en todo, los eternos y seguros caminos de la verdad, ostentada en sus ideales modelos; pues incesantemente nos enseña, por los labios mismos del Redentor, desde la cátedra de la Cruz, con el precepto y el ejemplo, que el modo de adorar dignamente los sagrados Misterios de su Pasión dolorosa no consiste en llorar sus inenarrables padecimientos arrojando sin cesar maldiciones llenas de odio y de rencor sobre sus desventurados verdugos, sino que, recordando que tanto por lo menos como ellos crucificaron á Cristo nuestros pecados, roguemos al Eterno Padre por todos, tomando de los propios labios del Redentor aquellas celestes palabras que repite y adora la Humanidad hace cerca de veinte siglos como la palabra reveladora de la divinidad que las practica: «Perdónalos, Padre mío, porque no supieron lo que se hicieron.»

Y esa es la última palabra de la verdad tal como clara y manifiesta se ostenta hoy á los ojos de la Razón y de la Historia. En los delirios y desvanecimientos de los ensueños de un imperio soberano y universal juzgaron cosa de juego esclavizar á un pueblo noble, dormido en los idilios de la paz, como un rebaño á quien se priva de antemano, con previsora felonía y astucia, de mastines y de pastores. El rebaño era un rebaño de verdad... pero era un rebaño de leones... y el juego fué al cabo un juego de perdición. En la desnuda y solitaria roca de Santa Elena lloró amargamente al cabo el genio desengañado su error. El encadenado Prometeo de la Europa coaligada tenía verdaderamente razón: «No supieron lo que se hacían.»

Y despejada ya así, Señor, desde tan celestiales alturas, de toda malsana interpretación la atmósfera de este recinto, permítame V. M. que, abandonándome á la sublime contemplación del espectáculo que conmemoramos, abarcando en la mirada sintética más profunda de que es capaz mi vista débil y vacilante la grandeza sin límites de este recuerdo, abra las válvulas de mi corazón español á la ola del entusiasmo que, golpeándolo hasta romperlo, pugna por brotar en mis labios en himno apasionado y ardiente de admiración y de amor hacia los héroes anónimos de aquella epopeya gigante que supieron escribir con su espada, y más que con su espada con su sangre, como la eterna Canción de Gesta de su invencible libertad contra uno de los mayores tiranos del Universo.

Señor: Hay nombres en la Historia de las naciones que son como los timbres y los títulos de su raza, como los apellidos de su gente, como los blasones heráldicos de su familia y como la empresa y la leyenda de sus armas: *¡Numancia!*, que grita nuestro eterno y feroz amor á nuestra libre independencia; *¡Sagunto!*, que proclama nuestra tradicional lealtad á prueba de los más heroicos sacrificios; *¡Covadonga!*, que nos muestra en los estrechos ámbitos de una cueva el sepulcro de la Patria enterrada por la traición en sus antros, y la cuna de esa misma Patria renacida por el valor y la constancia de sus hijos hasta llenar el orbe con sus hazañas, eclipsando á las de los héroes que la clásica antigüedad había divinizado en su Olimpo; *¡Palos!*, el humilde puerto español de donde zarpan las tres humildes carabelas tripuladas por el valor y la generosidad españolas, para devolver al planeta el mundo perdido en los abismos del mar, redimido por nuestra fe y civilizado por nuestro amor; *¡Granada!*, la cincelada flor de esmaltes y de pedrería que cerró, como inestimable broche de honor, la diadema de nuestra unidad nacional, labrada por la reconquista; *¡Albis!*, el triunfo supremo de la civilización española, de la libertad europea y de la fe cristiana en el orbe, en el día solemne y crítico de su ser, contra el fatalismo despótico de las autocráticas herejías occidentales; *¡Lepanto!*, la resurrección de la Cristiandad, de Europa, y de la Civilización, condenadas irremisiblemente á la argolla del cautiverio otomano

en las mazmorras del fatalismo tiránico del Korán, y salvadas de las ignominias de las esclavitudes orientales por la espada de D. Juan de Austria; y, para acabar de una vez, *¡Zaragoza!*, cuya sola voz es el grito sublime del alma de la nación española, que repetirá eternamente en la Historia cómo se alcanzan las palmas de la inmortalidad con el viril desprecio de la muerte, y cómo se defienden los pueblos que saben y que quieren morir, por indefensos y por inermes que se hallen, y por aguerridos y por invencibles que sean los soldados del tirano debelador que oprime con su espada la tierra.

Pues bien, señor: como en la Historia estos nombres, hay en la vida de las naciones días y fechas que son como la cifra condensadora de su ser, de su pasado y de su vida verdadera y genuínamente nacional, en que parece como que toda su naturaleza se reconcentra y se aprieta como para hacer explosión, revelándose y ostentándose tal como es, en uno de esos actos gigantes que inmortalizan á un pueblo, sellando sus destinos con el sello divino y providencial con que quiso señalarle Dios marcando con su dedo su frente, al arrojarle obscuro y desconocido al nacer, como un astro de primera magnitud por el firmamento de la Historia.

Entre esas fechas en que, grabadas con sangre inmortal en los hitos que dividen los tiempos, centellea el espíritu soberano del pueblo que las grabó con el hierro santo de su espada, descuella, Señor, en mi entender, cual ninguna de la Historia de nuestra nación, la fecha del Dos de Mayo de 1808.

Esta fecha, Señor, no quiere solamente decir el arranque generoso de un pueblo que, inerme y pacífico por confianza y candor, se arroja temerario á la muerte por el amor á su Rey en quien se personifica su Patria; no quiere solamente significar su valor arrogante é impetuoso en la lucha tremendamente desigual con la fuerza organizada por el poder y la disciplina y preparada de antemano por la perfidia y la astucia; no quiere únicamente significar el martirio alevosamente cruel con que se le diezmó una vez depuestas con falaces promesas las armas, creyendo estúpidamente así escarmentar anticipadamente á todo el reino, pensando con torpeza inverosímil y absurda aterrar con lo que espanta á la liebre, pero que enfurece al león, la altiva sangre del Pueblo que puso su ideal en el Cid, y cuya historia es una hazaña perpetua, monotona por lo constante; ese día quiere decir, además, cómo el nobilísimo temple de nuestra naturaleza especial creada por la palabra de Dios, como el hierro de nuestros montes, forjada sobre el yunque de las batallas por las espadas y alfanjes de todos los ejércitos conocidos, templada al calor del encendido fuego de nuestra fe, que ardió siempre en la fragua de nuestro corazón, como un volcán alimentado por los cielos, respondiendo á las tradiciones nacionales de los invictos Astures y de los Cántabros indomables, de los temererarios Bagandas y de los Almogávares feroces, de nuestros aventureros audaces, de nuestros navegantes osados, de nuestra intangible Caballería á la jineta y de nuestra Infantería inmortal en los formidables y viejos

tercios de Flandes, no contó el número de sus enemigos, ni calculó su poder, sus recursos, sus alianzas, ni la importancia de los aguerridos soldados y renombrados capitanes que los conducían y guiaban de victoria en victoria, ni el portentoso genio militar del poderoso César que los arrojaba sobre un pueblo inerme, desarmado por la traición de todo género de armas, ofensivas y defensivas, desde fusiles y cañones á murallas y fortalezas; ni quiso ver á casi toda la vieja Europa arrodillada á las plantas del invasor, implorando gracia y perdón después de vencida y humillada en cien batallas prodigiosas; y sin más fe y sin más esperanza y más recursos que su fe religiosa en Dios, su amor incondicional á su Patria personificada en su Rey y el aliento indomable de su corazón español, confiado en la infalible estrategia de su invencible capitán, el heroico general «*No importa*», encargado á todo trance del triunfo, se lanzó espontáneo, generoso, resuelto, como un paladín andante de la antigua caballería en un hirviente lago de pez surcado por todo linaje de monstruos, en una lucha formidable, inverosímil y absurda, donde todo estaba contra él, menos su voluntad indomable, que había decretado inexorablemente vencer ó sucumbir en el empeño, lo que era también la victoria, pero sin sombra de tregua ni de transacción imposible entre su libertad y su independencia cifrada y proclamada en su Rey, ó la desaparición de la raza y la destrucción hasta del suelo español, si fuese posible destruirlo, antes que deshonrarlo forzándole á llevar, como en una infame picota, sobre el antiguo trono secular de su gloriosa Monarquía, al intruso y al usurpador que querían imponerle por rey, sin más títulos que la conquista y sin más derechos que la fuerza.

Decreto soberanamente inmortal; decreto no menos grande que cuando decretó contra Roma morir cantando sobre la cruz antes que recibir de manos del vencedor el afrentoso hierro del esclavo; que cuando decretó no sufrir el yugo bárbaro de los pueblos invasores del Septentrión, debeladores del imperio, hasta que comulgaron en su fe y abolieron sus odiosas leyes de raza; que cuando decretó permanecer separado, irreductible y opuesto en siete siglos de convivencia y de lucha con el árabe que le inoculó todo menos el olvido de su fe religiosa y del sentimiento de la Patria y de la propia nacionalidad; decreto, en suma, no menos grande ciertamente que cuando decretó presentarse solo, gallardamente, en la liza, franca, abierta del orbe para defender, como su único campeón invencible, la Fe, la Religión, la Iglesia, la Cristiandad y la Civilización juntamente, de todos sus enemigos á un tiempo, arrojando á todo el orbe á la vez su guante de combate y de reto, reto en que cayó desangrado después de siglos de lucha gloriosa, es cierto, pero lucha en que, mientras sacaba á salvo la civilización europea y engendraba la americana, escribía el nombre español con la pluma de oro de Cervantes y ennoblecía la Historia de la humanidad con la gloria inmarcesible del Carlo Magno español, inmortalizada en Carlos V.

Porque este decreto del 2 de Mayo de 1808 con que coronó dignamente toda su colosal misión en la Historia, poniéndole el sello providencial de sus destinos

realizados, alcanzó, á más de su gloria y de su eficacia nacional, una gran significación y resonancia en el mundo por la virtualidad y trascendencia de los hechos que constituían su ser y en cuyo estudio sorprende atónito el pensador leyes ocultas de la Historia.

Asomémonos breves minutos nada más al teatro de los sucesos para vislumbrar en la rápida visión del conjunto el hilo misterioso y conductor que pone en contacto esos hechos con el principio que los anima é informa y cuya importancia y trascendencia saltará después á los ojos en una de esas síntesis deslumbradoras en que la verdad se revela en el centro mismo de las sombras como el relámpago en la nube, permitiendo apreciar serenamente el orden y la armonía del conjunto, al breve espacio de tiempo en que invade y señorea la luz la confusión de las ordinarias tinieblas.

Los hechos, todos de sobra los recordáis; sería enojoso, no digo describirlos, enumerarlos.

Sabéis que decretado por Napoleón, á consecuencia del inicuo reparto del mundo, en que convinieron los dos tiranos coronados:, el César de la autocracia cismática y el César autocrático de la Revolución, en la balsa flotante sobre las ondas del Niemen, la conquista y la anexión de la Nación española al nuevo imperio francés, y acordados ya, como medio á tan honrado y glorioso fin, el destronamiento de la Real familia española y la abolición de nuestra historia monárquica, se trazó el plan y se urdió secretamente la intriga para alejar de España, atraer á Francia y secuestrar en Bayona, ya que no había querido emigrar á las Américas españolas, á toda nuestra Familia Real, completando de esta manera la trama comenzada ya con la salida de las tropas empeñadas en guerras lejanas, ajenas al interés de la Nación, con el apoderamiento de las plazas fuertes y ciudades amuralladas para que, una vez dueños de las armas, de los barcos, de los recursos, de los tesoros y de las provisiones, provocar un espontáneo y hasta inconsciente alzamiento en el populacho de la corte para aterrar con la sangrienta, implacable y ejemplarísima reprensión á toda la indefensa, encadenada y amordazada Nación española, remachando así, con un solo y certero golpe brutal los hierros de sus inquebrantables cadenas.

El plan era verdaderamente habilísimo, y sólo se les olvidó contar con la altivez y la lealtad españolas. Por eso lo hizo abortar el lamento de una mujer, heraldo de los heroicos furores del Dos de Mayo.

No he de evocar otra vez más estos días la sorpresa, la ira, la indignación del valiente pueblo de Madrid al adivinar por ese sentimiento infalible de las muchedumbres honradas, que la salida del resto de la Familia Real del palacio de la Corte histórica de Madrid llevaba consigo, era el símbolo, el comienzo y la consumación de toda la conjuración infame urdida para acabar con la libertad, la independencia y la exis-

tencia misma de la Patria. Básteme sólo recordar cómo, ante la idea de los sollozos de un niño que no quiere desasirse de los amantes brazos de su pueblo, la indignación popular estalló como un proyectil atestado de fulminante, y todo el pueblo, como ún solo hombre de honor, se lanzó resuelto á la lucha.

La fuerza brutal, preparada y parapetada ya de antemano, triunfó, como era forzoso y natural, ayudada, por si faltaba algo, por la perfidia de aplacar y desarmar los ánimos de los valientes con promesas de paz, de perdón y de enmienda para cumplirlas en seguida con las ejecuciones cobardes de habitantes pacíficos y sin armas; pero su triunfo fué la señal infalible de su derrota definitiva, total.

El heroísmo esta vez, como casi siempre (y por eso se llama con razón heroísmo) que le desafía, sucumbe; pero los héroes cuando caen no permanecen inertes como cadáveres en el suelo. Su fuerza, exclusivamente moral, rebota formidable contra la tierra y se aleja y se extiende y se agiganta y ocupa el cielo y la mar, y á su voz que resuena como la voz del ángel apocalíptico que empuña la copa de las iras de Dios y como la voz fuerte de los justos que las Sagradas Escrituras comparan en su lenguaje oriental con el *ruido de las grandes aguas*, la conciencia humana y nacional se conmueve, se estremece y despierta; el fluido vital de la colectividad social la sacude; el alma entera de la Patria se yergue y se da cuenta soberana y consciente de sí, y la corriente arrolladora y triunfal del unánime pensar, sentir y querer se precipita y desborda en mugidora catarata que arrolla y arrastra tras su furor los obstáculos más formidables. Entonces se verifica una insólita incubación de gérmenes ocultos ó desconocidos, el heroísmo se hace epidémico y contagioso como una invasión moral, espiritual y divina, y lo que empezó como una aventura parcial en la esquina de una bocacalle, repercute como una espantosa explosión en todas las comarcas de un Reino, hasta acabar, sobre una inmensa ruina es verdad, pero sobre cuyos humeantes escombros descansa triunfante al fin, lo que vale más que los alcázares y los templos, que los palacios y las ciudades: el inmarcesible genio nacional, llevando entre sus manos ensangrentadas, pero intangible y sin profanación, el ***Palladium*** de los inmortales destinos de la Patria.

Así sucedió, en efecto. Los ecos de los fusilamientos de los inocentes y los confiados madrileños que habían depuesto bajo seguro las armas, contra las tapias y los árboles del *Campo de la Lealtad*, repercutieron en las variadas y pintorescas regiones que integran la sagrada unidad de la Patria en la gran Monarquía española; los ayes de los moribundos sacrificados alevosamente con plan fría y cobardemente premeditado de crueldad y esclavitud, retumbaron en todos los pechos de los diferentes linajes que funden su sangre en la genuina sangre española del altivo pueblo peninsular; y sobre el estruendo de los cañones extranjeros, envueltos por las ondas de los disparos de la metralla homicida, llegaban como ecos lejanos de maldición y como gritos precursores de muerte las amenazas y los atropellos de Bayona, acompañados

por el llanto de los tiernos Infantes españoles, que no querían que los separasen jamás de los amantes brazos de un pueblo á quien adoraban como á su padre.

No era en verdad necesario tanto para apurar el sufrimiento del hidalgo genio español, y agotada ya la paciencia, el país entero se revolvió en una convulsión soberana que, por lo suprema y lo unánime, hizo ver á toda la Europa asombrada que la orgullosa y soberbia planta del tirano se había equivocado esta vez, oprimiendo insolente contra el suelo la cerviz majestuosa del león que, porque yacía aletargado, se le daba neciamente por muerto.

El soberano rugido con que la fiera majestad ultrajada respondió al agravio, resonó en todos los ámbitos de la Patria, cruzó los mares y ensordeció los ecos de dos mundos; en sus tumbas debieron resonar, entrechocándose, los huesos de los adalides del Africa; de los soldados de Italia, de Flandes y de Alemania; de los aventureros de Méjico, de Chile, de la Florida y del Perú; de los guerreros que despertaron el hierro de sus espadas, golpeándolas contra la tierra en las clásicas regiones del Oriente, de Constantinopla y de Atenas, como deseosos todos de incorporarse para tomar parte en la nueva lucha que presentían, creyendo acaso que de nuevo iban á pasear por el mundo las banderas triunfantes y unidas de Castilla y de Aragón, el Duque de Alba, Pedro Navarro, Farnesio, Hernán Cortés, Pizarro ó el Gran Capitán.

¡Tal parece cuando se le escucha en la historia el grito de guerra con que contestó España entera al ultraje del Dos de Mayo!

Asturias respondió la primera, como no podía menos de suceder, á las obligaciones de su nombre. La cuna de nuestra Reconquista y el inviolable asilo de nuestra independencia nacional, declaró la guerra desde los gloriosos agujeros de sus sagradas montañas al coloso del siglo, que tenía atemorizada á la tierra y los sucesores de Pitt buscan atónitos con sus ojos el punto microscópico del mapa en que el dedo del joven Conde de Toreno les señala la enriscada espelunca del Oso astur, que se revuelve formidable como un León contra las ensangrentadas garras del Aguila imperial, cuyas alas encapotan los cielos, y mientras en el Parlamento inglés se proclama que «jamás hubo nada en la Historia tan valiente, tan generoso, tan noble, como el acto de los heroicos Astures», los hijos valientes de Pelayo enseñan con su ejemplo á todos los hijos del Cid, preparándose ante el ara sagrada de Nuestra Señora de Covadonga, para otra epopeya de ocho siglos, si otros ocho siglos son menester para que España sea España.

El ejemplo de Asturias no se secunda, coincide, con el de todas las regiones del accidentado suelo español, en que la variedad de climas, de caracteres, de costumbres, de trajes, de orígenes y de tradiciones no destruye la unidad del sentimiento nacional, como la variedad de los santuarios de las diferentes advocaciones de la Madre de Dios en que se la invoca para la lucha, desde Nuestra Señora del Pilar á Nuestra Señora de

los Desamparados, y desde Nuestra Señora de Monserrat á la de Sonsoles ó Fuencisla, no destruye la unidad de la fe en la Inmaculada Virgen María, Patrona de las Españas, y en un instante, toda la tierra de la Nación es un inmenso campo de batalla en que se pelea sin cuartel y se muere sin dolor por la Patria, con las armas, las estrategias, los recursos especiales y característicos de cada localidad, lo que si nos priva de ganar una tras otra todas las batallas campales que requieren gran organización como la memorable de Bailén, en que nuestros soldados bisoños abatieron solos el vuelo triunfal de las Aguilas imperiales, con admiración y pasmo del orbe que las creía invencibles, nos permite ganar al cabo de todas ellas la guerra, obteniendo como premio en tan ruda como constante campaña, lo que habíamos sabido merecer: la victoria.

Al fin y al cabo, el Aguila imperial imposibilitada de posarse tranquilamente en el suelo de esta infatigable Nación, torció su cansado vuelo con rumbo á otras apartadas regiones en que nuestro ejemplo se comenzaba á imitar, invocándolo con sagrada fe y entusiasmo; pero la garra del León español la habían herido ya positivamente de muerte, y mientras el invencible Rey del desierto sacudía sus melenas ensangrentadas, el Aguila imperial se abatía para no levantarse ya más sobre la desierta roca de Santa Elena.

¡No en vano se sienta sobre las nubes del cielo el Dios de Israel, que da y quita las victorias á los ejércitos y las coronas á los Reyes y premia ó castiga al fin, según las imperecederas palabras que nos reveló para nuestra enseñanza su voz en la Historia: *Justitia elevat gentes et populos miserabiles fecit peccatum!*

Pero Dios, según demuestran los filósofos, no obra como causa segunda más que las veces en que le place dar visible testimonio de lo irresistible de su brazo. Entonces las aguas del Mar Rojo se retiran humildes y se amontonan obedientes para dejar paso libre al pueblo de Dios, guiado por la vara santa de Moisés, las murallas inexpugnables de Jericó caen desplomadas al sonido estridente de las trompetas sagradas de los levitas y el sol se para inmovil en su curso á la voz de mando de Josué, que lo detiene en su carrera. El autor, el legislador y el conservador de la Naturaleza y sus leyes, ejerce entonces sobre su obra el soberano poder que en más relativa esfera ejerce el espíritu del artífice creador sobre las producciones de su genio, cuya materia obedece dócil al mandato de su inspiración soberana; pero en el curso ordinario de los acontecimientos históricos Dios obra sólo como causa primera, ejerciendo su influjo creador y gobernador sobre las causas segundas, y de aquí, Señor, ese sorprendente espectáculo del orden histórico natural en que la libre variedad de los actos humanos se subordina y ordena armónicamente á la acción providente de Dios, y esto es lo que constituye á mis ojos lo sublime de su unidad.

Porque en la Historia, el Mundo, aunque marcha libre, no marcha por eso al azar. La lógica de los hechos se impone como la lógica de los principios, y así como la

acción privada de Dios rige los libres destinos de los hombres, así la acción pública del Eterno rige los libres destinos de los pueblos, no destruyendo, ni negando, ni atropellando, ni mutilando su libertad, sino creándola, actuándola y perfeccionándola al usarla y servirse de ella.

Por eso es misión especialísima del historiador la investigación desapasionada y serena de las causas segundas que motivan los grandes hechos de la Historia, libremente ordenados á su finalidad por el gobierno providente de Dios, y eso es lo que rápidamente vamos á hacer, con relación á los sucesos de que hablamos, en un instante, con sólo dejar caer una mirada nada más en el revuelto campo de la Historia.

Hoy, Señor, han transcurrido ya cien años desde aquellos inolvidables sucesos. Las tumbas y los sepulcros han dado paz con su tierra á los corazones gigantes en que vibraron potentes las más encarnizadas pasiones. Las ilusiones, los ensueños, los ideales que agitaron la mente y con la mente la mole de toda aquella generación, han ido desvaneciéndose en lo que tenían de fantástico con la luz meridiana de la realidad, con que la descarnada mano del tiempo que la proyecta, ha ido iluminando después los repliegues de sus fascinadores celajes. La Historia ha ido acoplando los fragmentos que su diestra solícita iba desenterrando entre las ruinas, y hoy deja oir serena y reposada su voz, pronunciando inapelables sus fallos que reconoce y saluda como imparciales el pensador, una vez disipadas las humaredas del incendio y las polvaredas del combate, que enturbiaban la vista del observador durante el fragor de la batalla.

A estas alturas y en estas condiciones de serenidad salta á la vista, clasificando y organizando los hechos á la luz eterna de los principios, que el móvil potente, irresistible, arrollador y constante de todo aquel unánime y generoso movimiento militar y más propiamente guerrero fué el santo amor á la Patria, es verdad, pero no á la Patria como una abstracción, sino como á una realidad tan grande como viviente. La Patria era, es cierto, el territorio nacional consagrado por el Altar y unificado por el Trono. La Patria era el ara y el hogar de la gran familia española. La Patria era la Santa Iglesia de Dios que bendecía sus campos, sus labores y sus cosechas; la cuna, el tálamo y hasta la losa sepulcral donde descansaban los huesos de sus abuelos y sus padres esperando la luz de la resurrección; pero esa Patria tenía una encarnación real, una personificación determinada y viviente, de carne y sangre de verdad, animada en un cuerpo vivo por un espíritu superior, y esa encarnación era el Rey. El Rey era el Santo y el legítimo y el verdadero padre de todos; el Rey era el Vicario de Dios para hacer felices á sus pueblos; el Rey era el heredero de la Familia consagrada por el óleo de la tradición, como depositaria de los destinos del pueblo; el cetro real era la incorruptible vara de la justicia, y la corona, el resplandor sobre las sienes ungidas del hombre, de la aureola de la divinidad que resplandece en la frente soberana de Dios.

Por eso para los heroicos españoles de 1808, sin distinción de escuelas ni de partidos, todo se cifraba y se compendiaba en el Rey, y atentar contra la persona del Rey ó sus sacrosantos derechos era atentar al corazón, á las entrañas, al alma misma de la Patria. Y por eso no había paz ni siquiera tregua posible mientras no se nos devolviera al Rey, que había sido arrastrado fuera del Reino por la traición, y seguía secuestrado fuera del Reino por la violencia. Así que nada se resolvía en la guerra de España con perder ó ganar á Madrid, como se resolvía en otras naciones con apoderarse de Berlín ó de Viena. Aquí, Madrid sin el Rey era menos que Oviedo, que Zaragoza ó que Móstoles, y como no cabía cejar hasta volver el Rey á Madrid, lo que equivaldría á sentirse libre la Patria, la consecuencia forzosa era matar y morir mientras quedase sangre en las venas, porque capitular sería peor que huir, sería más que abdicar de un derecho ó de un interés, sería abdicar de la vida entera social, renegando al abandonar á su Rey, de todo lo que constituye la Patria, y la Patria era el ser inmortal que creó Dios expresamente para madre santa de sus hijos; Patria que sólo podría desaparecer cuando los blancos huesos de todos ellos, esparcidos sobre la tierra, escribieran su epitafio definitivo y final en las soledades incultas de su silencioso desierto.

Ese fué, Señor, el secreto de la gran unidad, que fué la clave de la grandeza, más que de la grandeza, de la enormidad de la lucha, y ese fué también el verdadero blasón de la Monarquía española: haber identificado al Pueblo con el Rey de tal modo que, hasta cuando el Rey se olvidase de él, el Pueblo no lo olvidase, buscándolo siempre sin descansar, no allá entre las intrigas de Bayona ni en los ocios de Valensay, sino aquí, en cada repliegue del terruño del interminable campo de batalla, y acá, dentro de su corazón, que latía enamorado en su pecho, hasta colocarlo en su trono.

Y eso fué lo que no acertó á ver Napoleón, que sólo había visto la Corte, y ni siquiera sospechó que la Monarquía tenía más cortesanos que los lacayos de Godoy, y que detrás de las antesalas de Palacio había un pueblo de cortesanos de veras, que si no asistía á las ceremonias y á las etiquetas de la Corte en las cámaras y antecámaras del Alcázar, le asistían con el entrañable amor de sus corazones hidalgos y estaban prontos á dar por él toda la sangre de sus venas.

Así lo tuvo al fin que mirar, y si las imaginadas lágrimas de un niño empeñaron al heroico pueblo de Madrid en los horrores de una lucha imposible, á la vuelta del deseado Monarca al desocupado trono español, la voluntad soberana del Rey, confiesa ingenuamente Toreno, era la única y solemne constitución de casi todos los españoles.

Como nada hay más elocuente que los hechos, séame aquí lícito evocar, en confirmación de mis asertos, la figura de una sola víctima no más, de un solo héroe y de un solo mártir, en una época en que los produjo tantos y tan grandes la Patria. Me refiero al noble, al valiente Capitán Moreno, cuyo nombre, escrito en caracteres de luz, ostenta en sus inimitables páginas la historia de nuestras heroicas grandezas,

Arrastrado al cadalso por la más infame y cobarde violación del derecho de gentes, del honor de la fe jurada, de toda legislación militar y de la santidad de los tribunales, por sus heroicos hechos en la guerra; fusilados á sus ojos sus valientes soldados rendidos en una lucha imposible tras una heroica resistencia en una engañosa capitulación, se le somete por el indigno General enemigo á una prueba difícil de imaginar por lo cruel y por lo infame. Por dos veces fueron conducidos ante sus ojos su esposa y sus cuatro inocentes y tiernos hijos, llorosos y enlutados para que le decidieran con sus súplicas y su llanto de desesperación á reconocer como rey en vez de Fernando al intruso José Bonaparte. Sólo se le exigía un signo equívoco y hasta falaz que, respetando los fueros internos de su albedrío, permitiese al juez enemigo dar por cumplida la condición que podía salvarle de la muerte.

Ante tan atroz espectáculo todos le piden con ansia esa vana demostración, señalándole las mortales ansias de su esposa y de sus hijos, que visten anticipadamente el negro luto de la viudez y la orfandad; pero el capitán Moreno, que es un soldado español, se yergue sereno sobre el patíbulo, y apartando con ambos brazos los seres queridos que le imploran con los desgarradores acentos del amor desesperado una piedad que sería una deserción, se lanza impávido al espacio, poniendo con su heroica muerte fin á los horrores del sacrificio, pero no sin legar antes estas palabras sublimes á la Patria y la Historia, palabras dignas de ser esculpidas en bronces como dignas de figurar al lado de las más gloriosas que consigna la clásica antigüedad como oráculos inmortales:

«Sepárate de ahí, mujer. Mi gloria es morir por la Patria. Recuérdaselo á tus hijos para que aprendan de su padre á morir con honor.»

¡De tal modo la lealtad hasta la muerte, á los derechos de su Rey, encerraba para aquellos heroicos mártires, la fidelidad incondicional á la Patria y el culto santo del honor!

Tales fueron, Señor, los resultados de la compenetración substancial del pueblo y del Rey en la gran democracia cristiana que se llamó la Monarquía española, y de ellos se sirvió Dios cuando, llegada la hora señalada en la Historia por su poder, convino á las miras eternas de su providente sabiduría aleccionar al mundo con el espectáculo inexplicable de que el Semidiós que había arrollado á todas las grandes Monarquías y Repúblicas europeas con sólo vencer en una batalla á sus ejércitos y apoderarse militarmente de sus Cortes, se viese detenido en su marcha triunfal por un pueblo huérfano de su Rey, de sus ejércitos y sus escuadras, despojado de sus fortalezas y ciudades y hasta invadido por el contrario apoderado de su interior; pero en cuyo corazón ardía viva la llama del amor á su Rey, á quien el código santo de la democracia cristiana le había acostumbrado á mirar como el padre puesto por Dios para guarda y defensa de la gran familia española.

Entonces, puestos frente á frente en la arena del mundo, á los ojos de toda la

humanidad, los principios y las negaciones opuestas de las dos eternas democracias que se vienen disputando el imperio del mundo desde la Cruz, presenció el orbe un combate, que si fué grande por los detalles y por el resultado material de la lucha, es inmensamente mayor por su significación y resultados morales en la Historia: la lucha á muerte entre dos principios encarnados en dos gigantes personalidades: la personalidad individual del genio de la revolución y de la guerra, personificando el despotismo de la voluntad soberana, apoyada sólo en la fuerza, y la personalidad colectiva del genio de la fe, de la constancia y del valor, personificando la libertad, apoyada por el derecho de la razón bajo el sagrado nombre de *Independencia*. Espectáculo más interesante, más formidable y de más alto valor pocas veces se ha ofrecido á la meditación de la humanidad en las profundas páginas de la Historia.

Pero para considerar, en toda la trascendental grandeza de este altísimo punto de vista, la cuestión, es necesario, remontándonos más todavía, elevarnos, por unos instantes nada más, al encumbrado observatorio de la Filosofía de la Historia, para contemplar desde allí, como el águila desde las nubes, la marcha ordenada y providencial de las sociedades humanas á impulsos de su libérrima voluntad, pero bajo la suprema y soberana y altísima dirección de la diestra omnipotente de Dios, por las inmensidades de la Historia.

Estadme atentos unos segundos solamente.

Recordáis que cuando la civilización cristiana, que renovando y purificando en la Cruz cuanto de verdadero y de grande nos había legado la antigüedad, se había organizado en el supremo organismo de la *Cristiandad*, defendido por Constantino, por Carlo Magno y por Carlos V, contra todas las tiranías paganas, despóticas y fatalistas que amenazaban su ser, recibió el golpe de retroceso que la detuvo en sus ascensiones gigantes, de manos del apóstata y envidioso fraile que personificó la *Protesta;* rota en pedazos aquella gran unidad, fundada en la libertad y el amor, la tiranía despótica de la fuerza, divinizada por el éxito y consagrada por la violencia sin otros títulos que la voluntad imperante como razón, que había venido amenazando todas las libertades cristianas, todas las franquicias locales, todas las instituciones públicas de la democracia práctica reinante en los pueblos libres de la Edad Media, asomando su chata cabeza de reptil por entre las hondas grietas de la ruina, trepó á lo alto del árbol santo de la Cruz y, enroscándose entre sus brazos, rasgó la *Carta magna* de la libertad, escrita allí con la sangre misma de Dios para el gobierno libre de los hombres, y reemplazando la fórmula eterna de las libertades humanas «dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios» con la fórmula, eterna también, del cesarismo despótico: «el capricho del Príncipe es el origen de la ley», emprendió esa persecución incesante que tanta sangre ha dado á la Tierra y tantos mártires al Cielo, y cuya única y exclusiva finalidad no es otra que convertir á la Humanidad en un inmenso rebaño cuyo único y soberano Pastor sea el César Pontí-

fice y Rey de toda la sociedad religiosa, política y familiar, sin otro dogma, otro ***credo***, ni otra constitución que la divinidad inmanente de sus contradictorios caprichos.

La historia de esa persecución está escrita con sangre y lodo en la Historia, y el ideal del cesarismo despótico fué desde entonces la tentación más ó menos confesada y absuelta de todo poder en la humanidad, sea Monarquía ó República, Asamblea ó Emperador, autoridad cismática ó protestante, revolucionaria ó católica, con santas y pocas excepciones. Así fué que por una ú otra razón de usurpación ó de defensa, cuando, terminada la evolución feudal, el Poder público se abría á todas las franquicias y libertades que pide y establece el amor en las democracias cristianas, el cesarismo despótico lo cerró con la mano brutal de la fuerza, levantado en medio de la sociedad, en vez del apacible verjel de las familias agrupadas, el formidable alcázar del cesarismo opresor, que por haber aprisionado el altar levantaba sus cúpulas como un templo.

Entonces pareció que habían llegado los días anunciados por los profetas sagrados, que nos pintaban á los Monarcas sumidos en tenebrosa y nefanda conjuración contra la obra libertadora de Cristo, y el mundo vió en los últimos años del antiguo régimen á los Reyes y á los Príncipes, puestos por Dios para mantener en la verdad y en la justicia á sus pueblos, oprimir y vejar y esclavizar á sus pueblos para quitarles la religión y con ella la libertad que los hacía ciudadanos libres del reino, y al lado de los cesarismos heréticos de los Príncipes protestantes aparecieron los cesarismos cismáticos y los cesarismos de *sacristía* de los Príncipes regalistas de los países católicos, confesores más ó menos cínicos todos en el único aunque doble símbolo de su divinidad: la tiranía hipócrita de las conciencias y la confiscación descarada de todas las libertades.

Evidentemente fuera de España, que todos consideran casi como una excepción en que el mal logró contenerse en la superficie, en la vieja Europa, olvidados los ideales de la santa y libre Cristiandad, la obra de Cristo estaba en camino de desaparecer; insensiblemente y bajo apariencias cristianas volvíamos á los tiempos jurídicos de Nerón: ideal eterno del cesarismo.

Entonces fué cuando, como dice Macaulay, la Providencia, que nos había librado, á costa de mil años de barbarie, del peligro de convertirnos en otra China en los tiempos vergonzosos del imperio romano, nos libró del inminente peligro de ir sumergiéndonos lentamente en las vergüenzas de otra nueva paganización con el terremoto violento y las tempestades de sangre de la gran revolución francesa.

¡Oh profundos y deslumbradores misterios de los caminos del Señor! A la apostasía social de las Cortes divinizadas contestó la Providencia con el castigo de sus lógicas y naturales consecuencias, y al cesarismo cortesano de los sucesores de Luis XIV y de los discípulos de Voltaire sucedió el cesarismo impío del terror, y cuando la infame guillotina hubo lavado en sangre de sacerdotes y de reyes, de nobles y de

magistrados la púrpura y el armiño y hasta el sayal, manchados por el cesarismo, la ira santa, pero incontrastable de Dios evocó del imperceptible seno de una isla arrinconada por los mares un mancebo de corta talla y de aspecto enfermizo y débil al parecer, pero marcado con el dedo de Dios en la frente con el sello de los grandes destinos, y aquel joven que llevaba en su cabeza, inconsciente, la llama fulminadora del genio, cabalgó sobre el desenfrenado corcel de la Revolución cosmopolita, le puso freno y le sujetó, y rigiéndole con su mano de acero, le paseó vencedor por todo el orbe, iluminando la marcha triunfal de sus legiones al resplandor de las hogueras de sus inmortales victorias, azotando con su látigo de dictador las espaldas de los pueblos y de los reyes que no habían querido inclinarse amantes y respetuosos ante su Dios y tenían que postrarse ahora humillados y escarnecidos ante los pies ensangrentados del caballo del genio militar de la Revolución que marcaba con sus herraduras sus solios.

Y aquí surge, Señor, de pronto, con el asombro y con la sorpresa de la Humanidad, la aparición inmortal de la más opulenta personalidad que ha revelado jamás en sus páginas más sublimes la Historia: El alzamiento inenarrable de todo un pueblo que, obrando en la masa confusa de su variada colectividad con la unidad de entendimiento, de voluntad y de sentimiento de un hombre, se despierta de pronto ante el ultraje, como un niño; se revuelve pujante contra el agravio, como un león; se robustece, como un héroe de la leyenda, en su propia sangre, á medida que se desangra, y se crece y se agiganta ante la desnudez del peligro como un dios oculto de la fábula que sólo revelase su origen divino, olímpico é inmortal cuando todo lo que fuese terreno, humanal y creado se conjurase contra su existencia con todo el aparato de su formidable poder, para aplastarle con su fuerza.

Y se vió entonces una visión que no se concibe ni aun en sueños. Se vió al obscuro y desconocido Corso que, á saltos de gigante y á aletazos de águila caudal, había pasado del materno nido de Ayaccio á las ensangrentadas gradas de San Roque en París; de las frondosas campiñas de Italia, á la cumbre augusta de las Pirámides; de las laderas santas del Tabor, á la cima excelsa de los Alpes, y desde los Alpes al Rin, y desde las orillas del Rin á las sombrías aguas del Niemen, donde se arbitró el reparto de Europa; se vió al genio predestinado y omnipotente que, á la manera de un dios, había ido arrojando, como á puñados, los soles de sus esplendentes victorias en su ascensión hacia el cenit, dejando caer en pos de él, á su paso creador por los cielos, como astros desprendidos de su estela de luz, las constelaciones de Lodi, Arcole, Marengo, Ulma, Austerlitz, Jena, Friedland y mil otras que brillan y brillarán luminosamente en la Historia como estrellas inextinguibles de propia y eterna luz, que ni palidecen ni se eclipsan; se vió, repito, al autor del Concordato y de la Universidad, del Código, del reparto de Europa y del bloqueo continental, al hombre que hacía Reyes á sus soldados y Príncipes á sus domésticos, y de hijo de la

Revolución se consagró Emperador y heredero directo y descendiente de Luis XVI, el último de los Borbones; al hombre superior á Alejandro por la ambición; á Aníbal, por la constancia; á César, por la actividad; á Carlo Magno, por el poder, y á Carlos V, por las victorias; en una palabra, á Napoleón, que todo lo dice en ocho letras su nombre, que no olvidará jamás ni podrá olvidarlo la Historia, se le vió, después de apoderado, por la perfidia, de España, vacilar, ceder, retroceder y retirarse, desmoralizado y vencido, no ante otro genio, ni otro Rey, ni otro Emperador, ni otro héroe, sino ante una informe y casi diezmada multitud, que con un artesano, un labriego ó un fraile por capitán, con un Cristo en la mano ó un apero vil de labor por espada y por estandarte, se levanta decidida á morir, como el alma inmortal de un Pueblo que desafía invencible toda fuerza y todo poder, porque sabe que hay algo más poderoso que los cañones y los soldados: la intangible y soberana libertad de las almas con que nos sublimó Dios sobre todas las criaturas terrenas para asemejarnos á El y hacernos iguales á los Angeles.

Por eso, en ese duelo colosal entre el genio arrollador de la fuerza y el genio altivo del valor, el resultado fué inmenso, Europa aprendió á vencer con el secreto de morir, y la Historia tuvo que consignar en sus fastos que sólo es esclavo el que quiere, y gracias á España, Señor, los pueblos de Europa, vencidos y aletargados en el estupor de tanta y tanta victoria, recobraron la perdida conciencia de sí, volvieron los ojos á su abdicada y olvidada personalidad, y hoy despejada la atmósfera y barridos la polvareda y el humo, la Poesía moderna saluda agradecida en Napoleón al despertador soberano de las conciencias nacionales de la Europa Continental.

Y si la lógica no es un escarnio, Napoleón, que las azotó con su látigo y con su espada, no pudo ser más que la *ocasión* de que al cabo se despertasen; pero el sol, la clara y viva lumbre que entró por sus pupilas atónitas, cegadas por el llanto y sudor que corría por sus abofeteadas mejillas, fué el *ejemplo* que les dió con asombro España, ¡la pobre, abatida y despreciada España!, alzándose contra Napoleón, hasta ponerle el pie encima al irresistible y soberano impulso de toda su religión nacional, atestiguada desde Pelayo y el Cid hasta Guzmán el Bueno y Hernán Cortés, desde Lope de Vega y Cervantes á Rojas y Calderón, y ¿por qué no decirlo también? en el inmortal espíritu del Quijote, que si mueve á compasiva piedad por sus risueñas locuras, despide la clara y serena luz de las bellezas morales cuando ennoblece valiente hasta su festiva enfermedad, prefiriendo la *muerte á la infamia*, que es el *credo de la religión del honor*, que hizo un héroe de cuerpo entero en 1808 de todos los españoles.

Por eso me he atrevido á decir que en ese gran principio de dignidad nacional se basó la gloria de España; y si alguien creyese que sólo soy eco de mis creencias personales, que preste atento el oído á la voz serena y autorizada de la reflexión y del Genio, que se alza con acentos, ya proféticos, ya inspirados, ya consagrados por la más honda meditación, del seno de las tumbas de los grandes hombres de la Historia,

cuyos testimonios fehacientes y cuyos fallos definitivos acata, venera y recoge respetuosa la Humanidad, para enseñanza y lección de las generaciones futuras.

El primero que os habla es Pitt, el gran Pitt, el genio de la Inglaterra moderna, el hombre de Estado inglés que veía en Napoleón el gran peligro de la Patria inglesa y del mundo.

El irresistible vencedor acaba de asombrar á Europa con la victoria de Ulma, que anonadó y sumió en el abatimiento de la más honda desesperación á los enemigos del César, que habían aunado sus más prodigiosos esfuerzos para acabarle y destruirle. «Todo está perdido. No hay remedio contra Napoleón», exclamaron anonadados los confidentes de Pitt. «Todavía hay remedio», repuso como un vidente iluminado el gran Pitt, sumergido en la visión profética de un sueño ó de una adivinación de su genio observador y profundo; «todavía hay remedio si consigo levantar una *guerra nacional* en Europa... y *esta guerra ha de comenzar en España.* Sí, señores—exclamó con alegría reconcentrada y pujante—, *España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica, la sola que puede libertar al mundo.*»

¿Qué era, señores, decidme, lo que adivina el gran Pitt y no acertó á vislumbrar Napoleón cuando arbitraba la destrucción de la Monarquía y de la nacionalidad españolas?

Otro gran hombre os lo dirá desde el entreabierto mármol de su tumba, con el acento inmortal de su soberana elocuencia. Escuchad, escuchad, señores, la voz del gran orador francés, la voz que tan hondamente conmovió las generaciones modernas, atraídas por el maravilloso encanto de su palabra inmortal alrededor de la cátedra del Espíritu Santo en las colosales naves y bajo las elevadas bóvedas de Nuestra Señora de París.

Es la voz del genio de las sociedades modernas, la voz del heraldo de las públicas libertades, la voz del que se proclamaba á sí propio, con aplauso casi universal, como *liberal impenitente*, enfrente de todas las tiranías, la voz del que ya ha consagrado la historia de la elocuencia religiosa, política y social con el nombre de *Apóstol de la democracia.*

«Napoleón — exclama el gran Lacordaire —, viendo á España postrada por tierra como un árbol que ya no puede producir retoños verdes, pero que aún está resguardado por la pompa y la gloria de sus antiguas ramas, decidió apropiarse ese país, en virtud de lo que todos los conquistadores llaman el *derecho de conquista*, y cuando es le decía: «No ataquéis á esa masa de pueblos», contestaba: «No temáis; España es una Nación formada por *frailes*, y todas las Naciones formadas por *frailes* son cobardes é inertes.» Y á los pies de los Pirineos se encontró — continúa el gran orador liberal francés — esos pueblos de cristianos formados por los frailes; y los invictos guerreros napoleónicos, que desde las Pirámides hasta el Báltico no habían encontrado, según

sus mismas palabras, más que *niños*, estos invictos guerreros confesaban, en un lenguaje á la vez militar y enérgico, que los españoles formados por los frailes *no eran niños*, eran, si cabe, *más que hombres*, pues la guerra de España había sido, en realidad *una guerra de gigantes*.»

Concluyendo el gran orador francés con estas significativas palabras: «España tuvo el honor insigne de ser la primera causa de la ruina de este hombre y del renacimiento de la libertad en el mundo.»

¿Comprendéis ahora el secreto de la energía moral de nuestros padres cristianos para los más heroicos sacrificios en pro de la dignidad nacional?

Pues oid ahora al inmortal Jovellanos, modelo eterno de patricios ilustres, que os va á dar en una sola palabra la fórmula de la causa santa de la Nación y la fórmula del irresistible poder de esta causa. Cuando, atraído por el eco de sus virtudes y confiado en el recuerdo de sus desengaños, prisiones, persecuciones y destierros, le invitó el General francés Sebastiani á que se uniera á la causa de Bonaparte, que era la causa de la libertad según él, frente á la causa de la Inquisición, como decía el seductor para apartarle con el horror de la consabida palabra de los caminos del honor, el gran Jovellanos le contesta: «Yo no sigo á un partido, sigo la santa causa de mi Patria... No lidiamos por la Inquisición ni por los privilegios de los Grandes de España, como pretendéis... lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, por nuestra Religión, por nuestra Constitución y nuestra independencia. Estos sentimientos que tengo el honor de expresaros son los de la *Nación entera*, sin que haya en ella *un solo hombre* BUENO que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de todos sus defensores.»

Ya habéis oído la voz profética de la inspiración, la voz austera de la elocuencia, la voz sincera del patriotismo y del honor; oid ahora la voz amarga del desengaño, lamentándose de la guerra «*sacrílega*» hecha en España, que le había amarrado á Santa Elena; oid, oid al soberbio Napoleón, confesando su incalificable torpeza en haber dejado ver «demasiado patente la *inmoralidad*, y demaciado *cínica* la injusticia y *muy villano* el conjunto, por lo que le había sido forzoso sucumbir, dada la «*desnudez asquerosa*» con que aparecieron en público sus intentos que él quería beneficiosos.»

Por eso, con admirable precisión, escribe el inmortal historiador César Cantú: «La asombrosa serie de errores y de desastres de que se compone la guerra de España prestó valor á toda Europa para renovar una resistencia olvidada, porque la guerra española había quitado la reputación de invencibles á los ejércitos franceses y desacreditado al Emperador por la *frescura* de sus mentiras oficiales. Los vapores de tanta sangre como se derramaba en la Península había obscurecido la estrella de Napoleón... y el grito de *Patria*, arrojado por primera vez en España, retumbó después en toda Europa.»

Y después de los esfuerzos más asombrosos y de las campañas más admira-

bles, cuenta cómo Napoleón tuvo que sucumbir, al fin, ante el unánime impulso de todos los pueblos, que representaban la causa de su libertad, de su independencia y de su Dios, á ejemplo y á imitación de la Nación española, recordando aquellas proféticas palabras del propio Napoleón á uno de sus capitanes al atravesar los Alpes victorioso: «¿Creerás que es algo ser Emperador de los franceses y Rey de Italia? No me hago ilusiones. Soy el instrumento de la Providencia, que me conservará mientras me necesite, y en cuanto esto cese, me romperá como un vidrio.»

Y tuvo inspiración casi divina al profetizar el destino de la misión que le había confiado la Providencia, porque castigada la nefanda conjuración de los Césares tradicionales contra las creencias y las libertades de los pueblos con el látigo del cesarismo aventurero; sacudidas de su letargo y llamadas á vida propia las naciones, el instrumento se rompió como un vidrio; pero se rompió en el pecho de bronce del pueblo español, del único pueblo que no había renegado de Dios, que no había convertido en Césares á sus Reyes, que no había apagado en su corazón la llama santa del honor, prefiriendo la deshonra á la muerte.

¡Admiremos, Señor, la profunda lógica de la Historia que tan soberanamente delata la inteligencia que la rige! En verdad puede con toda sinceridad confesarse que ante los caracteres ciclópeos con que escribe sus lecciones augustas en la faz gigante de los siglos, enmudece todo humanal comentario, y basta asistir al derrumbamiento de la *Cristiandad* por la apostasía y la conjuración del despotismo cesáreo para que se escuchen en el horizonte lejano los estampidos precursores del rayo de la Revolución y se adivine entre las nubes el espectro de Napoleón á caballo, paseando el azote de las iras de Dios sobre las cabezas de los tiranos y los verdugos de su pueblo, hasta que, llenada y cumplida la sanguinaria misión, desvirtuada la divina virtud del genio, el coloso se rompa como un cristal, en un pueblo que, como si aún existiera incólume la Cristiandad, vive la vida de los ideales cristianos, y tiene fe, y tiene honor, y tiene lealtad, y da la vida con amor por su Dios, por su Rey, sus libertades y sus leyes, que son las que le hacen amable, alegre y deseada la vida.

Y esto es, Señor, lo que da tan sublime y admirable realce al cuadro tradicional y popular que vemos reproducido estos días en todas partes, de la lucha á muerte, sin tregua, sin cuartel y sin compasión entre el héroe ó la heroína popular españoles y los soldados del Imperio. Espectáculo que sería vulgar si sólo retratase escenas de odio y de sangre, pero que, por lo que brilla y se ostenta en él, constituye el espectáculo más soberano que puede ofrecernos en sus sublimes cuadros la Historia.

A través de las sombras y de las nieblas que lo obscurecen y lo velan en determinadas ocasiones, siempre se destacan en él dos grandezas que, puestas frente á frente por la mano de Dios, han entablado una lucha cuerpo á cuerpo, verdaderamente titánica y colosal. Se adivina y se presiente en ella el conflicto de dos energías soberanas, antagónicas y sublimes, que si enlazan en lucha mortal sus garras crispa-

das por el furor, esconden ambas sus plantas como las ocultas raíces de su vitalidad y como las escondidas fuentes de su savia, en lo más hondo de las profundidades del abismo y en lo más elevado de las alturas del cielo, y no creo que pueda haber corazón capaz de sentir la sublimidad de las bellezas morales, que por grande que se le aparezca el genio militar de Napoleón, transformando el mundo al galope triunfante de su caballo y encendiendo con el brillo acerado de su espada en el cielo los soles de Jena y de Austerlitz, no se le presente inmensamente mayor, más sublime y más grande mil veces el labriego ó el artesano español quemando el último cartucho de su desvencijada espingarda contra los aguerridos é innumerables ejércitos del vencedor de la Europa coaligada, apoyado el cañón sobre la piedra calcinada de su hogar incendiado y puesto el pie sobre el caliente cadáver de su inocente hija, atravesada por el plomo enemigo del invasor y elevando en su mano crispada de moribunda todavía, los últimos tiros de la pólvora que aún quedaban en su delantal, para quemarlos como incienso en los altares de la Patria contra los sayones malditos del tirano de la Revolución que la invadían, mintiendo paz, para envilecerla y esclavizarla.

Ante esa gran fuerza moral que se levanta sobre la intelectual y la física hay que descubrirse, señores, porque el hombre vale en el universo, ante todo, más que por nada, por la voluntad, y hasta la misma inteligencia, que nos enseña y señala la verdad augusta del bien, sería como el estigma de la más miserable infamia si no surgiera imperativa á su lado la voluntad para quererlo y realizarlo en seguida. En la sublime profundidad de los augustos dogmas cristianos tenemos un ejemplo viviente. El ángel del mal es una inteligencia luminosa, pero con la voluntad pervertida. Luzbel conserva el esplendor de su angélico entendimiento; pero el triste no puede amar.

¿Deberemos preguntarnos ahora, para poner término á esta meditación, cuál es la fórmula irreductible del secreto interior de esta fuerza?

Es tan clara, que creo que está en los labios de todos encerrada en una sola palabra: en la palabra *ideal*.

¡Dichosos los pueblos con ideal! Sólo ellos viven la vida noble del alma y ardiente del corazón; sólo ellos viven la vida consciente de la voluntad, y como saben lo que quieren, suelen poder lo que saben, como alcanza el anhelado puerto la nave que se orienta en la estrella polar inmóvil, en vez de vagar perdida por la inmensidad de los mares á merced de la tempestad y los vientos; pero si los pueblos que tienen un ideal y acarician su realización son dichosos, los pueblos cuyo ideal, además de ser la substancia y la medula de su historia, es la realidad inmortal de la verdad y de la vida, esos pueblos son invencibles de verdad, podrá abatirlos la desgracia un instante, pero ellos renacerán al calor del sol divino que los alumbra.

Y esa fué la fuerza del pueblo español en 1808. Era un pueblo con ideal, y su ideal era la luz de su historia, y era un ideal lleno de verdad, de hermosura y de bien, por-

que era el ideal cristiano que, encendido entre los brazos de la Cruz, había hecho de un montón confuso y revuelto de tribus bárbaras y de colonias enemigas un pueblo: el pueblo aquel que mereció ser llamado el *Pueblo de Dios* en el siglo de oro de su historia.

Ese ideal, en 1808, se encerró en una idea y un grito. El grito fué *¡Viva el Rey!* La idea «ser dueño de sus destinos para ser eternamente español», como supo y quiso y logró serlo merced á la inmortal Epopeya de la Guerra de la Independencia, que se abre como con su primero y más excelso y sublime canto: con la gloriosa Elegía del inolvidable Dos de Mayo.

El Dos de Mayo, Señor, no es ya, no podrá ser, de aquí en adelante, un día de luto para la Patria. El Dos de Mayo es el día de gloria de una Nación que supo y quiso ser grande dando su vida por su honor. El Dos de Mayo es más qne eso todavía: el Dos de Mayo es la ostentación manifiesta de la acción de Dios en la Historia, consagrando nuestra nacionalidad y suscitando, cuando todo estaba humanamente perdido, en vez de una Juana de Arco, como en Orleáns, una heroica é indivisible multitud que, informada por el alma gigante de la Patria, se lanza á morir sobre el tirano que oprime y que debela la tierra; le vence con la fe, con el sacrificio, con la constancia y con el valor, salvando con su triunfo á la libertad, que gemía encadenada en el orbe, y rescatando y redimiendo á la humanidad del más odioso cautiverio; victoria casi absurda por lo inverosímil que hasta parecería en su afortunada audacia y temeridad como que deshonra y desprestigia la prudencia, si no mostrase visible y patente la diestra omnipotente del Dios de los ejércitos y de las naciones, asistiendo atento y soberano á la vez á la marcha augusta de la Historia.

Por eso, lejos de olvidar esta fecha, su recuerdo se transfigura, y se eleva, y se magnifica y se agiganta más cada día, como si los siglos que pasan añadiesen, con la gratitud nacional de las nuevas generaciones, una piedra más al pedestal gigante de su grandeza, y despejada y serena ya la atmósfera, purificada de lo sangriento del recuerdo y de los rencores del agravio, los altos hechos de este día y sus grandiosas consecuencias, se dibujaran en los lejanos horizontes de nuestra Historia, cada vez más altos, como esas soberbias y levantadas cordilleras de los Pirineos ó los Alpes se destacan los días límpidos, serenos y transparentes, más azuladas, ostentando más deslumbradoras las nieves eternas que las coronan, y apareciendo en los lejanos horizontes de las apacibles llanuras como algo que las resguarda y que las defiende, al propio tiempo que las fertiliza y las fecunda con las aguas puras y cristalinas que les envía en forma de ríos caudalosos ó de nubes benéficas que pasan derramando sobre los campos de la Patria el rocío del cielo.

Saludemos, pues, hoy, Señor, con entusiasmo el feliz espectáculo de la Nación española vibrando como un solo y único corazón el hondo latido de la Patria ante tan glorioso recuerdo, y pidamos á Dios, contribuyendo todos unidos á su logro, que jamás dejemos todos los españoles de sentirnos unificados en este sentimiento, que es

como la *carta de ciudadanía* de todo español y como el ala materna que extiende amante sobre todos sus hijos la Patria.

Por eso os pido, para acabar que, cuando crucemos por el histórico *Campo de la Lealtad*, nos descubramos con respeto y con amor ante el sencillo Monumento que consagra la memoria de aquellas víctimas heroicas, porque, aunque sobrio y modesto como sabéis, es al cabo el símbolo, no sé si inconsciente por lo espontáneo, de una gran verdad inmortalizada en un gran hecho: ¡una piedra sola levantada del polvo que la rodea, puesta en pie y señalando con su aguja al Cielo! No concibo símbolo que pueda cifrar mejor el alzamiento vigoroso de un pueblo, firme y unido como la piedra en su voluntad y en su fe, levantándose solo y aislado en el desierto de la desolación universal, y señalando al Cielo, como el índice gigantesco de la diestra de toda una gran Nación que nos lo muestra como la Patria eterna de los mártires que dieron su vida por la Patria temporal como héroes, como lo quisieron y lo supieron hacer por España, los inmortales madrileños del Dos de Mayo de 1808.

VARIAS POESIAS PATRIOTICAS

DE AUTORES QUE VIVIERON DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

VARIAS POESÍAS PATRIÓTICAS

DE AUTORES QUE VIVIERON DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

A ESPAÑA

DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase á Occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
¡Doquiera España! En el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Oceano,
Y dondequier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.
Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia ajena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas! ¡Oh, Dios! Su aliento impuro,
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces, ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh, Iberia?
¿Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?
Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar; ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero;
Ahogó su vocerío
El ronco marinero;
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío,
Y él va á estrellarse al áspero bajío.
Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al Occidente,
Y fiero exclama: «El Occidente es mío.»
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció, como en el seno obscuro
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento,
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh, vergüenza! ¿Acaso
Pensáis que espadas son para el combate

Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.
Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza,
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aún hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»
¡Oh, triunfo! ¡Oh, gloria! ¡Oh, celestial momento!
¿Con que puede ya dar el labio mío
El nombre augusto de la Patria al viento?
Yo le daré, mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo.
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Unico asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada;
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.
En torvo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!»
¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre;
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la Patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: «*¡Antes la muerte,
Que consentir jamás ningún tirano!*»
Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza,
Y el que niegue su pecho á la esperanza,
Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, expirando,
A encontrar nuestros ínclitos mayores?
«Salud, ¡oh, padres de la Patria mía!
Yo les diré, salud. La heroica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino.»

Manuel José Quintana.

AL ARMAMENTO

DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES

«Eterna ley del mundo aquesta sea:
En pueblos ó cobardes ó estragados
Que ruede á su placer la tiranía;
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante,
Y de su ruina brote el escarmiento.»

Dijo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre á la venganza
Mandó después que lo anunciase al suelo.
Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena
De tu vicioso y mísero abandono
En ti su horrible trono
sentó el numen del mal, Francia culpable;
Y sacudiendo el cetro abominable,
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.
El genio atroz del insensato Atila,
La furia que al mortífero estandarte
Llevaban de Timur, mandan al lado
De tu feroz sultán; ellos le inspiran,
Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reina el polo engendrador de nieve.
Llega, España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener, y se ostentó tirano.
Ya manda, ya devasta; sus soldados
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guía,
Trocaron en horror el hospedaje,
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Adónde, pues, huyeron
—Pregunta el orbe estremecido—, adonde
La santa paz, la noble confianza,
La no violada fe? Vanas deidades,
Que sólo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.
Pues bien: la fuerza mande; ella decida;
Nadie incline á esta gente fementida
Por temor pusilánime la frente;
Que nunca el alevoso fué valiente.
Alto y feroz rugido,
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del león; con bronco acento
Ensordeciendo el eco en la montaña,
A devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.
Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.
Las víboras de Alcides
Son las que asaltan la dorada cuna
De tu felicidad. Despierta, España,
Despierta ¡ay Dios! Y tus robustos brazos,
Haciéndolas pedazos
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.
Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero,
Hijo de indignación y de osadía.
Asturias fué quien le arrojó primero,
¡Honor al pueblo astur! Allí debía
Primero resonar. Con igual furia
Se alza y se extiende adonde en fértil riego
Del Ebro caudaloso y dulce furia
Las claras ondas abundancia brotan:
Y como en selvas estallante fuego
Cuando las alas de Aquilón le azotan,
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos ríos
Que oponen su creciente á sus furores;
Los ecos libradores
Vuelan, cruzan, encienden
Los campos olivíferos del Betis,
Y de la playa cántabra hasta Cádiz
El seno azul de la agitada Tetis.
Alzase España, en fin; con faz airada
Hace á Marte señal, y el dios horrendo
Despeña en ella su crujiente carro:
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Lejos de estremecerse, arde y se agita,
Y vuela en pos el español bizarro.
«¡Fuera tiranos!», grita
La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambición ajena
No te escucharon, no, cuando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles;
Y á la distancia medirán, gimiendo,
Qué de hombres hay á mercenarios viles.
Fuego noble y sublime, ¿á quién no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano
Porque su débil mano
El acero á blandir ya no es bastante;
Lágrimas vierte el ternezuelo infante,
Y vosotras también, madres, esposas,
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
En medio de estas huestes sanguinosas?

Otra lucha, otro afán, otros enojos
Guardó el destino á vuestros miembros bellos.
Deben arder en vuestros negros ojos.
«¿Queréis—responden—darnos por despojos
A esos verdugos? No: con pecho fuerte
Lidiando á vuestro lado,
También sabremos arrostrar la muerte.
Nosotras vuestra sangre atajaremos;
Nosotras dulce galardón seremos
Cuando, de lauro y de floridos lazos
La vencedora frente coronada,
Reposo halléis en nuestros tiernos brazos.»
¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
De cien provincias, que cual ley suprema
Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
¿Adónde están el cetro, la diadema,
La augusta majestad que te adornaba?—
«No hay majestad para quien vive esclava;
Ya la espada homicida
En mí sus filos ensayó primero.
Allí cayó mi juventud sin vida:
Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
Exánime suspiro,
Y aire de muerte y de opresión respiro.»
¡Ah! respira más bien aura de gloria,
¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,
Tiene la vista; en iris de bonanza
Se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el Oriente y Mediodía
De guerra y de matanza
Resonar el clamor? Arde la lucha,
Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
Descubre al mundo el espantoso estrago.
Así sus llanos fértiles Valencia
Ostenta, así Bailén, así Moncayo;
Y es fama que las víctimas de Mayo
Lívidas por el aire aparecían;
Que á su alarido horrendo
Las francesas falanges se aterraban;
Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
El ansia de venganza al fin saciaban.
Genios que acompañáis á la victoria,
Volad, y apercibid en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,
Que crecen cuando lloran los tiranos.
De ellos ceñido el vencedor se vea
Al acercarse al capitolio ibero:
Ya llega, ¿no le veis? Astro parece
En su carro triunfal, mucho más claro
Que tras tormenta el sol. Barred las calles
De ese terror que las yermaba un día;
Que el júbilo las pueble y la alegría;
Los altos coronad, henchid los valles,
Y en vuestra boca el apacible acento
Y en vuestras manos tremolando el lino.
«Salve, exclamad, libertador divino,
Salve», y que en ecos mil lo diga el viento,
Y suba resonando al firmamento.
Suba, y España mande á sus leones
Volar rugiendo al alto Pirineo,
Y allí alzar el espléndido trofeo
Que diga: «Libertad á las naciones.»
Tal es ¡oh pueblo grande! ¡oh pueblo fuerte!
El premio que la suerte
A tu valor magnánimo destina.
Así resiste la robusta encina
Al temporal; arrójanse silbando
Los fieros huracanes,
En su espantoso vértigo llevando
Desolación y ruina; ella resiste;
Crece el furor, redoblan su pujanza,
Braman y tiemblan en rededor la esfera;
¿Qué importa que á la verde cabellera
Este ramo y aquél falte, arrancado
Del ímpetu del viento, y luego muera?
Ella resiste; la soberbia cima
Mas hermosa al Olimpo al fin levanta,
Y entretanto meciéndose en sus hojas,
Céfiro alegre la victoria canta.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

EL DIA DOS DE MAYO

ELEGÍA

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRGILIO. *En.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores,
Con que el TREMENDO DÍA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la Patria mía,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora

Mano del tiempo le arrojó al averno:
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España, en enlutado arreo,
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve que le oculta el llanto,
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.
¡Ay! que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destrucción Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fía,
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolación habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su airada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime
De los duros satélites en torno
La triste madre, la afligida esposa,
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena
Que á luto y llanto eterno las condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?
(Exclama el triste en lágrimas deshecho).
Mi pan y mi mansión partí contigo;
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed y me llamé tu amigo;
¿Y ahora podrás pagar el hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
El monstruo infame á sus ministros mira,
Y con tremenda voz gritando *¡fuego!*
Tinto en su sangre el desgraciado expira.
Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están, oh cara Patria, tus soldados
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan,
Como entre hierros el león, forcejan
Con inútil afán. Vosotros sólo
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,
Que osando resistir el gran torrente,
Dar supisteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre Musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
A que la acción magnánima os eleva,
El himno oid, que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolación sus plazas cubre;
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco són de los preñados bronces
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo
De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan, que, medrosos, huyen!
Cuanto encuentran destruyen
Bramando los atroces foragidos
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre y oro y lágrimas sedientos?
Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:

La familia asolada
Yace expirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmín de su mejilla,
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida virgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.
¡Horrible atrocidad! ¡treguas, oh Musa,
Que ya la voz rehusa
Embargada en suspiros mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
No, que ya en torno suena
De Palas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo,
Y al grito heroico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico són la regia frente,
Y del patrón valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre, gritando, al mar: ¡Guerra y venganza!
Vosotras, oh infelices
Sombras de aquellos que la infiel cuchilla
Robó á sus lares, y en fugaz gemido
Cruzáis los anchos campos de Castilla;
La heroica España, en tanto que al bandido;
Que á fuego y sangre de insolencia ciego
Brindó felicidad, á sangre y fuego
Le retribuye el dón, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padrón cruento
De oprobio y mengua que perpetuo dure,
La vil traición del déspota se lea:
Y altar eterno sea
Donde todo español al monstruo jure
Rencor de muerte, que en sus venas cunda,
Y á cien generaciones se difunda.

1808. JUAN NIÇASIO GALLEGO.

CANCION

PARA EL ANIVERSARIO DEL DOS DE MAYO, PUESTA EN MÚSICA POR DON MARIANO LEDESMA.

CORO

En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;
Y suban nuestros ayes
Del Céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.

Miradnos, sacros Manes,
Gemir en triste coro,
La faz bañada en lloro,
Y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
Se os debe por tributo,
Y en vez de adelfa y luto
Trofeos y laurel.
En este infausto, etc.

¿Quién ¡ay! del negro día
Que hoy dobla nuestras penas
Las bárbaras escenas
Renueva sin terror?
Erízase el cabello;
Se agolpa el llanto ardiente,
Y el pecho hervir se siente
De cólera y furor.
En este infausto, etc.

¡Oh colmo de la infamia!
No osando los malvados
Lidiar con desarmados
En lucha desigual;
Mintiendo en el semblante
Su rabia vengativa,
Cubrieron con la oliva
Su pérfido puñal.
En este infausto, etc.

No paz con los tiranos,
Que es muerte solapada:
Afilan más la espada
Brindando su amistad.
Mirad los infelices
¡Cuál mueren entre horrores!
Mirad á los traidores
Gozarse en su maldad.

En este infausto, etc.
Quien vió la sangre y ropas
Sembradas por el suelo,
Que exprese el desconsuelo
Que el alma le enlutó.
Los aires ensordecen
Las víctimas que gimen;
A tan horrendo crimen
Su luz el sol perdió.
En este infausto, etc.
Cautivo aquel recinto
Nos grita al alto ejemplo:
Él es de España el templo;
Él es el patrio altar;
Y al lauro del que al Sena
Los vándalos ahuyente
En voto reverente
Sus aras debe honrar.
En este infausto, etc.
¿Qué vale que hoy nos vean
Los mares gaditanos
Cercar en ayes vanos
Fingido panteón?
Formemos de pendones
En más dichosos días
A sus cenizas frías
Más digno pabellón.
En este infausto, etc.
En tanto á sus verdugos
Persiga en triste sueño
Del Prado madrileño
Espectro aterrador.
Sangrienta el agua beban,
Sangriento el cielo miren,
Y en sangre al cabo expiren
Por hierro vengador.
En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;
Y suban nuestros ayes,
Del Céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.

1812.

JUAN NICASIO GALLEGO.

AL ARMAMENTO

DE LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LAS FRANCESAS

¿Adó se encumbra con altivo vuelo
El ronco són de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada,
Tornándose en laurel?.. ¿Adónde, osada,
Lleva su acento?.. Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del numen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citeres,
Sino muertes y horrores, y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.
Pero ¿qué agitación mi pecho siente?
¿Qué turbación embarga el alma mía?..
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pie imprimo,
Jamás hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el día,
Allí mi fantasía
Cercano mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi soberbia planta
A los rojos celajes se adelanta.
Entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente
La cuadriga ferviente
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido;
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarín con roncos sones.
¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacías,
¡Oh dulce Patria!, el hondo abatimiento
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros días?
¡Ah! Las alevosías

De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.
Sí, Galia, sí; tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña.
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones;
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes; no importa que furiosa
En Mantua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad y alto heroísmo.
«Venganza» dice el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando.
«Venganza» dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
«Venganza» dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando.
«Venganza» contra el bando
De los galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores,
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.
Al ronco són de guerra y de venganza
El Turia, el Betis, el Guadiana, el Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.
Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la Patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.
Salve, fuerte Aragón... ¡Oh, fiel Sansueña!
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que, envanecida y fiera,
Intente derrocar tu poderío:
Pues el denuedo y brío
De tus heroicos hijos por doquiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.
Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrión guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al valor de la Hesperia se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.
Hoy corréis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama,
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintín, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama;
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padrón que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heroico nombre.

En un campamento, 1808.

ANGEL DE SAAVEDRA,
Duque de Rivas.

Á LA VICTORIA DE BAILÉN

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marïanos,
Y bajan hacia el Betis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se obscurece.
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crujir los arneses de diamantes
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo lejos
De los bruñidos cascos los reflejos.
¿Quiénes son los belígeros varones?
¿Quiénes son y dó van? ¿Cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas
Y dejan de la sierra la agria frente
Inundando las vegas silenciosas,
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.
¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traición alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones,
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Betis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Dó está—exclama—de Hesperia el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mío.»
Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?..
Huye, infeliz, con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belísono són henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al Supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente tórnanse á la nada!
Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracán. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra ti y tus guerreros conjuradas.
El noble monstruo, que abortó el tridente
Relinchando ardoroso,
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro Agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.
Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por doquier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de Occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La líbida Belona
Con sangriento clarín guerra pregona.
¿Y aún osas resistir?.. En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadriga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hesperia á los valientes campeones

Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.
¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Oh Galia injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brío
De los varones ínclitos iberos!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el jinete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas, y guerreros muertos.
Tuyo es el triunfo, España, Patria mía,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
«Victoria» suena el viento,
Y «victoria» repiten los collados,
Y «victoria» los bosques destrozados,
Y el raudo Betis grita
«Victoria», y en el mar se precipita.

1808.

Angel de Saavedra.
Duque de Rivas.

ODAS

I

LA ESPAÑA RESTAURADA POR LA VICTORIA DE BAILÉN

¿Qué furioso escuadrón se precipita
De la escarpada cumbre de Pirene
Sobre la gran Hesperia, que olvidada,
Yacía en paz amada?
¿Es el Romano fuerte y aguerrido
Invicto domador de las naciones,
Que con altivo brazo belicoso
El yugo poderoso
Impone al cuello de soberbios reyes?
¿Es el Vándalo fiero, que vibrando
En la fornida diestra el asta fuerte,
Entre orfandad y muerte
Del antiguo Jafet la porción bella
Envuelve atroz, y en nube tenebrosa
El genio obscureciendo,
La tártara ignorancia va esparciendo?
Cual hórrida tormenta que engendrada
Allá en el seno del helado Arturo
Del Aquilón y Bóreas en los brazos
Vuela, y en mil pedazos
Ardiendo en fuego cárdeno se rompe,
Sobre el campo de espigas, que alma Ceres
Pródiga diera al labrador paciente,
El, con sudosa frente
Cultivando la tierra, esperó el premio
De rústico afán; mas ¡ay! el hado
Le roba su esperanza y su alegría;
Mira la nube impía
Talar el campo fértil y opulento,
Ya en tostadas pavesas convertido;
Doquier lleva los ojos,
De la enemiga llama ve despojos.
Tal orgulloso viene amenazando
Ese fiero escuadrón. Nobles iberos,
Volad; ¡ay! que, en sus fuerzas confiada,
Política malvada
Cubre con seductor cándido velo
El dolo astuto y la ambición furiosa.
¿No veis, no veis la turba vocinglera
Que con planta ligera
Corre atrevida la engañada Europa,
Desolación sembrando, sangre y muerte,
Desde el ameno Tajo al Istro undoso
Y al Vístula selvoso?

Ved las regias diademas desteñidas
Con sacrílega mano. Los gemidos
De la asolada tierra,
¿No os moverán á la forzosa guerra?
Mas ¡ay! necios, se fían, y la turba
Del alta sierra se desliza ufana,
Y el seno de la Iberia va inundando,
Sus víctimas contando.
Mirad, mirad cuán insolente y fiera
La tresdoblada máscara se quita
De su faz orgullosa é insultante
El águila rapante
Sobre la ilustre prole de Pelayo
¡Cuántos baldones lanza, cuánta muerte!
Ya, españoles, la Patria consternada,
Por la traición violada,
Pisa la margen del profundo abismo;
Entre dolor y confusión y espanto,
Su libertad querida
Lloráis, vilmente á la maldad vendida
Como Trinacria en tenebrosa noche
De ominosos relámpagos cargada,
Tiembla aterrada, súbito gimiendo
Al estampido horrendo
Con que el Etna bramante precipita
De su profundo y abrasado seno
Cárdenos globos en la ardiente nube
Que hasta los cielos sube,
Amenazando la terrible muerte,
Y el mísero habitante pavorido
En medio del fragor estrepitoso
Con pecho congojoso.
Huye veloz el mal seguro lecho
Por preservar la amable dulce vida,
Tal Iberia engañada
Gimió á los golpes de traidora espada.
¿Y triunfarás? ¿Con atrevida mano
Sobre la fuerte Iberia cargarías
El torpe yugo que á la Europa inflama?
¡Ah! derrama, derrama
Iberia sangre en caudaloso río:
Serás vándalo atroz, serás furioso
Homicida traidor; mas ¡ah! no aguardes
Con ardides cobardes
Ligarla, fementido, en tus prisiones.
¿Cuándo del miedo el rostro pavoroso
Vió la española gente? En lid abierta
Logrará franca puerta
A su gloria inmortal y á tu castigo;
Así del Atlas el león rugiente,
Rompiendo su cadena,
Destroza al cazador sobre la arena
Que no el constante y valeroso Ibero
A vil esclavitud se rinde torpe,
Cual los hijos estúpidos del Nilo;
Ni á tu sangriento filo
Teme, como el cobarde degradado
Habitador del Lacio; ni tus armas,
Cual eslavón, implora rendido,
Librando seducido
En pérfidas promesas su ventura.
Y si versátil la fortuna ciega,
Ayudada de Marte estrepitoso,
Te ensalzó victorioso
Sobre Jena y Friedland teme que sea
La grande Iberia á tus laureles tumba,
Y, tu orgullo domado,
Gimas, *tirano*, á su valor postrado.
Y gemirás, traidor.., que ya el sagrado
Fuego de la lealtad y patriotismo
En tu pecho prendió; ya se levanta
Con vengadora planta
A lavar tu ignominia con tu sangre
El Ibero ultrajado; el que otro tiempo
Hizo temblar el alto Capitolio
Y de Quirino el solio;
Aquel que en ocho siglos de victoria,
Las africanas huestes aterrando,
Rompió animoso la cadena impía
Que la España oprimía,
Es el que marcha altivo y denodado
A rescatar su rey, su honor, su patria.
Tiembla, tiembla, *tirano*,
Que el cetro caiga de tu impura mano.
Marchad, marchad á la victoria excelsa,
Hijos del gran Pelayo... ¡Más que lumbre
Hiere mi vista! Bien como el tonante
Ministro fulminante
Vengador de Saturno. ¡Cuál abrasa
Los pechos españoles! ¿Veis cuál sale
Del almo seno de Hispalis la bella,
Y su viva centella
Corre voraz y la traición consume,
Y quema hasta las huellas del delito?
¿No advertís cuál reluce amenazando
A ese pérfido bando,
Y muestra á los iberos la árdua senda
De gloria y libertad? ¿No veis el monstruo
Cuál sobre el trono impío
Vacila errante en su pensar sombrío?
Sí, *tirano;* la insignia del combate
Que pende ya del hispalense muro,

Tu soberbia confunde. Ya en tus iras
De las sierpes respiras
El ponzoñoso aliento; ya sintiendo
Cual los laureles tuyos mal habidos
Se desenlazan de tu impura frente,
Tu ambición más demente
En furores inútiles exhala;
Ellos, empero, de sus sienes huyen,
Y á ceñir van en triunfo duradero
Las del valiente Ibero;
Del intrépido Ibero que, arrostrando
Las legiones del mundo vencedoras,
Te intima justa guerra
Y da salud á la oprimida tierra.
¿Oyes, oyes cuál truena el estampido
Del cañón homicida, estremeciendo
Las bases del fragoso Marïana?
¿No ves la muerte insana
Cuál vaga enfurecida en tus falanges?
Mira, *tirano*, mira, ya rendido
Tu famoso adalid, Dupont el fiero,
Al valiente guerrero,
Al invencible, al inmortal *Castaños;*
Mira cuál te arrebata de Marengo
El laurel decantado; cuál glorioso
Le ensalza victorioso
Sobre el campo de Andújar. Sí, una muestra
Sola de su valor y su pericia
Aterra tus legiones,
Anuncia libertad á las naciones.
Felice tú, Castaños, y el augusto
Sabio *Senado*, que ordenó tus glorias.
Entonad, españoles, ya dichosos,
Himnos armoniosos
De eterna gratitud á los varones,
A los famosos héroes, que supieron
Restauraros la Patria ya perdida,
La libertad, la vida.
Sí; que la madre Iberia en el obscuro
Caos de confusión vagaba incierta,
Cayendo ya al abismo de la nada;
Y tronó denodada.
Entonces vuestra voz: *España sea*,
Y España fué. Vivid, vivid felices,
Y grabad vuestros nombres
En la memoria eterna de los hombres.

II

EL TRIUNFO DE LA CONSTANCIA ESPAÑOLA

Ellos son, ellos son. Rasgóse el velo
Que ocultaba sus pérfidas traiciones.
¡Sangre, sangre no más! Ved los verdugos
En horrible matanza encarnizados
Contra el pueblo indefenso, que clamaba
Ultrajado su honor, su Rey vendido.
Trocóse la amistad en tiranía,
Y el hospedaje en negra alevosía.
¡Libertad, libertad! ¡Numen sagrado,
Faro de salvación y de venganza!
Libertad, libertad, Mantua pregona.
En alas de los vientos voladores
El eco de la gloria conducido,
Los altos montes libertad repiten;
Y los ríos corriendo presurosos
La esparcen por los mares anchurosos.
El fiero monstruo del clamor herido
Sobre el trono de muerte vacilando,
Una sima horrorosa ante su planta
Súbito abrirse vió. ¿Tiemblas, perjuro?
España sola tu poder insulta;
España sola te provoca á guerra;
Y vengada de ti con fiera saña,
Tumba de tu poder será la España.
Sí, sí, traidor. En pechos españoles
No se hermanan virtud y tiranía;
Esas fieras legiones, que inundaron,
De llanto y sangre y de terror la Europa,
No lucharon jamás con hombres libres.
Morir, sólo morir. Tu sangre odiosa,
Mezclada con la nuestra en mar cruento,
Brotará la salud y el escarmiento.
Ved cómo vuela al campo de venganza
El guerrero español, desnudo el pecho,
Mas de valor y rabia guarnecido;
Sin armas, sin caudillos, sin banderas
Te busca ¡aleve! en desigual combate;
Como el león herido, á su contrario
Va furibundo, y con rugido horrendo
Lo despedaza, el monte estremeciendo.
Mas ¿qué furor de guerra se levanta?
¡Cuál truena en derredor!.. ¡Retiembla el suelo!
¿En dónde están?.. Vencidos. ¡Los traidores!..
En un día pagaron su perfidia.
¡Oh, manes de Madrid! ya estáis vengados.
Cubrid, doncellas, de azucena y rosas
Los caminos, que marchan prepotentes
Al Capitolio ibero los valientes.
Ya somos libres. El augusto Betis
Alzóse airado, y en su inmenso seno
Lo sumergió. El Turia embravecido
Levanta la cabeza ensangrentada
Y los traidores, de pavor cubiertos,

Huyen; y el Ebro en rápida corriente,
Con bramar espantoso, á los soldados
Mares lleva sus cuerpos destrozados.
¡Loor, gloria sin fin! Mas ¡qué! ¿resisten?
¿Otro torrente, y otro, de asesinos
Del fragoso Pirene se desprende?
En vano su baldón borrar procuran.
Si aún resta que vencer, nuevo escarmiento,
Nuevo lauro será. La misma espada
Que enlutara sus sienes ominosas
Aún brillan nuestras manos victoriosas.
Guerra, guerra y horrores. El impío
En estrago y crueldad su infamia oculta.
La triste madre mira degollado
En su regazo al hijo que adoraba;
El ministro de Dios con ignominia
Es víctima sangrienta; tierna virgen,
Vil despojo de insulto abominable
Perece sobre el lecho inconsolable.
Aquí y allá, y en derredor los pueblos,
Y el sacrosanto penetral, do habitan
El Dios de paz, sacrílegos incendian.
Una hoguera la Patria. Al cielo suben
Envueltos en las llamas sus delitos,
El sol veló su faz cuando los techos
Con horrible fragor se desplomaron,
Y al infante y la madre sepultaron.
No es la Patria el hogar. La Patria vive
Dentro del pecho. Talen y destruyan.
Si el mar rompiendo sus eternos grillos
Sobre la tierra adelantara un paso,
La fuerza que á los tigres y leones
Ayunta y rige, y taja las montañas,
Ni á enfrenarle jamás pueda potente,
Ni á esclavizar á la española gente.
Lágrimas de rencor vierte el anciano
Porque la espada sostener no puede.
La triste viuda al huérfano venganza
Le pide de su padre asesinado.
Llora el amor. Las teas encendidas
De Himeneo se apagan; la corona
Nupcial, trocada en casco refulgente,
Ciñe del joven la gallarda frente.
¡Cuánta lucha doquier! A la montaña
Trepa ardiendo el cañón, y centelleando
Otro á la par pasea la llanura.
Cunde el fragor, retumban las esferas;
Roba el humo la luz, sus rayos tristes
El sanguinoso acero multiplica
Y al hondo mar la sangre caudalosa
En raudal encendido va espumosa.
Tendió la muerte sus horrendas alas.
Todo es luto. Se obstinan los valientes,
Y los traidores se huyen y se buscan;
Se acometen, se hieren, se destrozan.
Allí Gerona y Zaragoza invictas
Sepultan vencedores y vencidos.
Doquier furioso el homicida bando
Muerte y esclavitud marcha gritando.
Una esperanza á los valientes resta;
Salvar gloriosos el honor intacto
De sus mayores, y morir. ¡Oh! ¡dónde,
Dónde, Pelayo, estás! Vuelve á la vida,
Inclito autor de la familia hispana;
Vuelve y empuña su terrible acero
Y torne á ver la esclavizada tierra
Cuánta excelsa virtud tu tumba encierra.
¡Oh, vuelve, vuelve! A las riscosas breñas
Mira otra vez tu pueblo refugiado
De otra nueva traición más horrorosa.
Los campos ¡ay! de tu valor testigos,
Los pueblos que tus brazos rescatara
Toda tu herencia... ¡Oh Dios! Mas ¡ah! no temas;
No temas, no, que manche nuestra historia
Los fastos inmortales de tu gloria.
Mira asediado en el hercúleo puerto
Al pueblo, que dos mundos abarcaba,
Cuál clama salvación. El eco vuela,
Y en la Albuera retumba, y va á estrellarse
Del Tormes rojecido en la corriente.
Llevada por el Austro y por el Noto,
Del mar del hielo hasta la ardiente arena,
La voz de gloria y salvación resuena.
Al eco poderoso conmovida
La triste Europa, en sus robustas manos
Sintió los hierros, y tembló. La vista
Giró en torno de sí, y el ara santa
De independencia en el preciado seno
Vió de Gades arder; como la aurora
Del polo brilla, y á su lumbre pura
Se precipita al mar la noche obscura.
La vió, se conoció, y enfurecida
Quebrantó las cadenas ominosas
Que su valor indómito aherrojaban.
¡España! ¡España! en repetido acento
Clamó; y España, desde el cano Volga
Resonó hasta el Atlante. España invicta,
Es la señal que lleva á la victoria;
España, ese modelo de la gloria.
¿Adónde esos feroces confundidos
Huyen? Temed; aún resta la venganza.
No, no es bastante la vertida sangre

Nuestro honor á lavar. Dadnos, perjuros,
Dadnos al rey que nos habéis robado;
¡Oh! dádnosle... En victoria los aleves
Aterrados sus lauros nos dejaron,
Y en la fuga sus restos se salvaron.
Sús, valientes; que mueran repetían
Los hijos de Barcino. El brazo armado
Iba ya á descargar el postrer golpe,
Y los traidores, de pavor cubiertos,
Pálidos á Fernando nos presentan;
y á *Fernando* y la *Patria* vencedora
Celebra el pueblo ibero alborozado
De lauro sempiterno coronado.
¡Oh Patria! ¡oh Patria! Dame que mi vida
Expire en tu cantar. Dame que lleve
Tu fausta gloria á los remotos siglos;
Que tiemblen á mi acento los tiranos;
Que te acaten los pueblos belicosos,
Y eternamente la traición repita;
Y vengados admiren tus leones,
Que dieron libertad á las naciones.

Sevilla, 1808.

FÉLIX MARÍA HIDALGO.

EL DIA DOS DE MAYO DE 1808

ELEGÍA

Silencio y soledad, fuentes ocultas
De la meditación, ¡con qué recuerdos
Volvéis á contristar en estos días
De un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol á las nocturnas sombras
La posesión del mundo va cediendo,
Que las aves desmayan en sus cantos
Y la humana inquietud busca el sosiego,
Las memorias ilustres de la Patria,
Sus desastres, su gloria y sus trofeos
Van precediendo al carro de la noche,
Nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,
¡Oh, cuánto adornaréis el claro templo
De inmortal fama, conservando impresa
La actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
En amor patrio y memorables hechos
A los que vieron con asombro al mundo
Los Pelayos, los Cides y Toledos.
Testigos sois ¡oh ruinas de Gerona!
De Zaragoza ¡ hovenerables restos!
Lauros de Talavera y de Arapiles,
Y palmas de Bailén, más puras que ellos,
Vosotras duraréis, doradas tablas
Que en el vasto Oceano de los tiempos
Librarán del naufragio á tantos héroes
Que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
No del tiempo la hoz... Pero ¡qué veo!
No estoy solo... Las tropas reunidas
Del trémulo atambor al ronco estruendo...
Curiosa multitud, que en torno llega
A contemplar dos fríos monumentos...
¡Qué dice en el semblante del soldado
Tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
DAOIZ y VELARDE... ¡oh malogrados
En flor de juventud! nobles guerreros
Como Eurialo y Niso en vida unidos,
Como Eurialo y Niso en gloria muertos.
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
Que cuando, sin deber y sin precepto,
A inevitable muerte os entregasteis
Por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requerían
Una sola bajeza á vuestros pechos;
Abrieron, sí, mil puertas á la muerte,
Mas nada hallaron sino honor en ellos.
Ahora á glorioso polvo reducidos,
En esos vasos fúnebres os veo,
Donde arrancáis suspiros al soldado,
Y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah! mejor que en las urnas, vuestros nombres
En el nocturno pabellón del cielo
Van á resplandecer, signos de gloria,
Siguiendo el rayo del planeta hisperio...
¡Mas, ay! también á vuestra fama unido
Luce aquel día atroz... Mayo risueño,
Aparta de él tus flores; de laureles
Cúbrele solo, y de ciprés funesto.

¡Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan Patria y honor!

Este es el día que con voz tirana,
ya sois esclavos, la ambición gritó:
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
muertos, sí, dijo; *pero esclavos, no.*
El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar;

Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aún más tremendo comenzó á brillar.
¡Ay, cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid!
En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!
La lealtad y la perfidia armada
Se vió aquel día con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que aleve le asaltó en su hogar.
¿Y á quién afrentas proponéis, tiranos?
¿A quién al miedo imagináis rendir?
¿Al fiel Daoiz, al leal Velarde,
Que no supieran sin honor vivir?
El mundo aplaude su respuesta hermosa;
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nación señal.
Temblando vimos al guerrero altivo,
Que en cien batallas no inmutó su faz
De tanto joven que, sin armas fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.
Víctimas buscan sus airadas manos:
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el día fué funesto y duro,
Aún más la noche se enlutó fatal.
¡Noche terrible al angustiado padre,
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche cruel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!
¡Noche fatal en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truena de la Parca el fallo,
Y *¡ay!*, dicen todos, *¡quiénes morirán!*
Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad.
Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podéis llorar.
Esos que veis, que maniatados llevan
Al bello Prado, que el placer formó,
Son los primeros corazones grandes
En que su fuego libertad prendió.
Vedlos cuán firmes á la muerte marchan
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al Empíreo van.
Por mil heridas sus abiertos pechos
Oid cuál gritan con horrenda voz:
«Venganza, hermanos; y la madre España
Nunca sea presa de invasor feroz.»
Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido se escuchó vagar:
Gozad en paz, ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar.

CORO

¡Noche terrible, llena de gloria,
Llena de sangre, llena de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan Patria y honor!

1810.

Juan Bautista Arriaza.

PROFECÍA

DEL PIRINEO EN JULIO DE 1808

Como con rabia interna
Y centellantes ojos, asomado
Al escabroso umbral de su caverna,
Acecha el tigre al tímido ganado,
Que por la hierba mueve
Su pie lascivo y su vellón de nieve;
Así aquel vil tirano,
Que ensangrentó el dosel de Clodoveo,
Al tiempo de estampar el pie inhumano
En la falda del alto Pirineo,
Devoraba á la España
Con ojos llenos de perfidia y saña.
Ya era pasado entonces
El día atroz, que guardará esculpido
El triste averno en sus ardientes bronces;
Y en que robando á un príncipe querido
Dejó en dolor profundo
Huérfana á España, horrorizado al mundo.
Y cuando en pie se erguía
Por ver, desde Pirene al mar de Atlante,
La extensión de la hispana monarquía;
Girando en torno el lívido semblante,
De compasión ajeno,
En que escupió la envidia su veneno;
Ved que sobre una cumbre
De aquel anfiteatro cavernoso,
Del sol de ocaso á la encendida lumbre
Descubre alzado un pálido coloso,
Que eran los Pirineos,
Basa humilde á sus miembros giganteos,

Cercaban su cintura
Celajes de Occidente enrojecidos,
Dando expresión terrible á su figura
Con triste luz sus ojos encendidos;
Y al par del mayor monte,
Enlutando su sombra el horizonte.
Cual si la fuerza suma
De algún Titán lanzara de sus hombros
La mole con que Júpiter le abruma
Tal le creyó, mirándole entre asombros,
El corso anonadado;
Que no hay decir cómo quedó parado.
Pavor mortal le asalta,
Fijos los ojos, mas sin furia en ellos;
La boca abierta, mas de aliento falta;
Duramente erizados los cabellos
En su frente confusa,
Cual víboras del casco de Medusa.
Y luego del membrudo
Espectro oyó salir un ronco acento,
Que hirió los valles cóncavos, tan rudo
Cual si exhalara el ábrego en su aliento,
Cuyo son pavoroso
Revoca el eco trémulo y medroso:
«¡Napoleón! (Tronando
Sonó la voz.) ¡Napoleón! ¿en dónde
La majestad augusta de Fernando
Tu perfidia escondió? Traidor, responde
Del que llamaste hermano;
Te buscó grande, y te encontró villano.
»El se entregó á esos brazos,
Que como los de un héroe le tendiste;
Magnánimo y leal cayó en tus lazos.
La máscara que hipócrita vestiste,
Sereno al punto arrojas,
Y de corona y cetro le despojas.
»¡Oh complemento al crimen
Que te sentó y acompañó en el trono!..
Mas ¿piensas tú que sus vasallos gimen
Desmayados en mísero abandono,
O que se entregan viles,
Como grey sin pastor, en tus rediles?
»Tiende esa vista fiera,
Dale apacible pasto recorriendo
Ensangrentada y yerma la carrera
Que van tus huestes bárbaras siguiendo;
Robos y alevosías
Hasta Madrid te servirán de guías.
»Gózate al ver cubiertas
Las calles de cadáveres helados,
Conservando tal vez sus manos yertas
Aún el pan ofrecido á tus soldados,
Que á tanta dicha alcanza
El galardón ¡traidor! de tu alianza.
»Mas ¡ay! sólo á ti mismo
Tus arteras perfidias son fatales:
La indignación despierta al heroísmo,
Tus grillos se convierten en puñales;
Ruge el león de España
Al rojo humor que sus guedejas baña.
»Y oye que el gran rugido
Es ya trueno en los campos de Castilla,
En las Asturias bélico alarido,
Voz de venganza en la imperial Sevilla,
Junto á Valencia es rayo,
Y terremoto horrísono en Moncayo.
»Mira en haces guerreras
La España toda hirviendo hasta sus fines;
Batir tambores, tremolar banderas,
Estallar bronces, resonar clarines;
Y aun las antiguas lanzas
Salir del polvo á renovar venganzas.
»Suelta la dura reja
El labrador por la fatal cuchilla;
El tierno esposo á su familia deja;
Besa la madre al hijo en la mejilla,
Le arma el brazo inexperto,
Y le dice al partir: *Vengado ó muerto.*
»¡Oh maldad! Y ¿aún mantienes
En esas duras manos firme el yugo
Que á la española lealtad previenes?
Si en cada huésped dístela un verdugo,
Ya, contra sus furores,
Se levantan mil brazos vengadores.
»Ocupan la alta sierra,
Que inflama y tuesta el luminar del día
Bravos hijos del Betis y la guerra;
Y ya aquel que tu Aníbal se decía,
Más que sabio, altanero,
Se humilla al pie del Escipión ibero.
»¿Qué es de la legión fiera
Que arrastró de Valencia la muralla?
Huye, y huyendo es vana la carrera
Del veloz bruto y la acerada malla,
Que con puñal en mano
Salta á la grupa el leve valenciano.
»Mira allá á los que obligas
A desvastar los campos en que esconde
Su raudal Guadïana; que entre espigas
Vuela la muerte sin saber de dónde;
¡Y cuán tremendo Marte
Los asalta sin trompa ni estandarte!

»Si sorprendiste en vano
Á la industriosa gente de Barcino,
Velos burlar las artes de Vulcano,
Y entre sus manos horadando el pino,
Con ecos victoriosos
Hacen callar tus bronces horrorosos.
»Crezca, en fin, tu despecho
Al pie de la invencible Zaragoza,
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!
¡Cuál las confunde! ¡Cómo las destroza!
Oponiendo constante
Brazos de hierro y pechos de diamante.
»¿Qué es á ellos la arrogancia
De los fieros ministros de tu fraude,
Si en tanto de los héroes de Numancia
Desde el Olimpo un coro les aplaude?
Sobre sus sienes fieles
Lloviendo á un tiempo bombas y laureles.
»Pero ya la gallarda
Gente no sufre coto; y cual granizo
Se precipita de la nube parda,
Cuando el sonoro trueno se deshizo,
Tal se arrojan veloces
A derrocar tus águilas feroces.
»Oye en su sordo grito
El fallo de tu ruina, y ve en su frente
Que el dedo de las Furias les ha escrito:
¡Venga á tu hermano, que murió inocente!
Ni los manes reposan,
Que por el aire errantes les acosan.
»Sí; ya llega bramando
Como huracán la nacional venganza,
Tus pérfidas falanges arrollando;
Y ya á tu hermano bajo el solio alcanza,
Que de la indigna mano
Trémulo suelta el cetro soberano.
»Ni la regia Corona
En las turbadas sienes ya mantiene;
Mas del trono, que atónito abandona,
De un escalón en otro al suelo viene;
Y huye entre sus guerreros,
Como en banda de buitres carniceros.
Tal será tu castigo,
Soberbio usurpador; del alto asiento
Caerás también. Yo, yo te lo predigo;
Yo, que por ley de celestial intento
Guardián de estas montañas,
Hado soy tutelar de las Españas.»
Siente apenas la vida
El mezquino tirano á sus acentos;
Y como sierpe acaso desprendida
De las garras del águila en los vientos,
Yerto en letal insulto
Cayó, enroscado, entre la hierba oculto.

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

LOS DEFENSORES DE LA PATRIA

CANCION CIVICA

MOTE

Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria,
¡Qué bello morir!

Partamos al campo,
Que es gloria el partir;
La trompa guerrera
Nos llama á la lid:
La Patria oprimida,
Con ayes sin fin
Convoca á sus hijos,
Sus ecos oid.
¿Quién es el cobarde,
De sangre tan vil,
Que en rabia no siente
Sus venas hervir?
¿Quién rinde sus sienes
A un yugo servil
Viviendo entre esclavos,
Odioso vivir?
Placeres, halagos,
Quedaos á servir
A pechos indignos
De honor varonil;
Que el hierro es quien sólo
Sabrá redimir
De afrenta al que libre
Juró ya vivir.
Adiós, hijos tiernos
Cual flores de Abril;
Adiós, dulce lecho
De esposa gentil:
Los brazos, que en llanto
Bañáis al partir,

Sangrientos con honra,
Veréislos venir;
  Mas tiemble el tirano
Del Ebro y del Rin,
Si un astro á los buenos
Protege feliz.
  Si el hado es adverso,
Sabremos morir...
Morir por Fernando
Y eternos vivir.
  Sabrá el suelo patrio
De rosas cubrir
Los huesos del fuerte
Que expire en la lid:
  Mil ecos gloriosos
Dirán: «Yace aquí
Quien fué su divisa
Triunfar ó morir.»

CORO

Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la Patria,
¡Qué bello morir!

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

HIMNO DE LA VICTORIA

CANTADO Á LA ENTRADA DE LOS EJÉRCITOS VICTORIOSOS DE LAS PROVINCIAS EN MADRID EN 1812.

CORO

¡Venid, vencedores
Columnas de honor!
La Patria os dé el premio
De tanto valor.

  Tomad los laureles
Que habéis merecido,
Los que os han rendido
Moncey y Dupont.
  Vosotros, que fieles
Habéis acudido
Al primer gemido
De nuestra opresión.
  Venganza os llamaba
De sangre inocente;
Alzasteis la frente
Que jamás temió;
  Y al veros los dueños
De tantas conquistas,
Huyen como aristas
Que el viento arrolló.
  Vos de una mirada
Que echasteis al cielo
Parasteis el vuelo
Del águila audaz;
  Y al polvo arrojasteis
Con iras bizarras,
Las alas y garras
Del ave rapaz.
  Llegad ya, provincias,
Que valéis naciones,
Ya vuestros pendones
Deslumbran al sol;
  Pálido el tirano
Tiembla, y sus legiones
Muerden los terrones
Del suelo español.
  Son á vuestras plantas
Alfombra serena,
Laureles de Jena,
Palmas de Austerliz;
  Son cantos de gloria
Volver los cautivos
Sus gritos altivos
En llanto infeliz.
  ¡Oh, qué hermosos vienen!
¡Su porte cuán fiero!
¡Cuál brilla el acero!
¡Cuál cruje el arnés!
  Estos son guerreros
Valientes y bravos,
Y no los esclavos
Del yugo francés.
  Gloria, ¡oh flor del Betis!
Que habéis bien probado
El brío heredado
Del suelo natal;
  Que allí sin cultivo
Crece y se levanta
Del triunfo la planta,
La oliva inmortal.
  Funesto es el día,
Francés orgulloso,
Y el campo ominoso
Que pisas, también;

La sombra de Alfonso
Con iras más bravas,
Su gloria en las Navas
Defiende en Bailén.
Salve, honor del Turia,
De Marte centellas,
Pues vivos como ellas
Al triunfo voláis:
La hueste enemiga
Rompéis imprevistos;
Y apenas sois vistos
Victoria cantáis.
¡Gloria, oh valerosos
Del solar manchego!
¡Oh cuán bello riego
Dais á vuestra mies!
Los surcos se vuelven
Sepulcro á tiranos;
Sangrientos los granos
Se mecen después.
Y en tanto en el Ebro,
Los pechos son muros
Que atienden seguros
Morir ó vencer:
Siempre el sol los halla
Lidiando con gloria;
Siempre con victoria
Los deja al caer.
¡Oh cuán claros veo
Brillar en sus ojos
Los fieros enojos
Que van á vengar!
¡Oh cuánto trofeo
Que ganó su espada,
Verá consolada
La Patria en su altar!
¡Oh Patria, respira
De males prolijos;
Descansa en los hijos
Que el cielo te dió!
Ni temas que el arte
Falte á su fortuna;
Soldados la cuna
Naciendo los vió.
Ya vengada, sólo
Libertad y gloria
Dejará en memoria
Tu agravio en Madrid.
Tiempo es ya que altiva
La frente levantes,
Pues llegan triunfantes
Los hijos del Cid.
Ninfas, vengan lauros
Frescos, verdes, bellos;
Enjugad con ellos
Tan noble sudor;
Ni olvidéis la oliva,
Que es planta gloriosa,
Ni aun alguna rosa
Que os brinde el amor.

JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

ALARMA ESPAÑOLA

ROMANCE

Al arma, al arma, españoles,
Que nuestro buen Rey FERNANDO,
Víctima de una perfidia,
En Francia suspira esclavo.
En su bondad inocente,
Como verdad los halagos
Creyó de un aleve amigo,
Y corrió inerme á sus brazos.
¡Oh, si los ardientes ruegos
De tantos fieles vasallos
Oyera! Ni él gemiría,
Ni yo os llamara á vengarlo.
Pero era joven y bueno,
Y en su corazón honrado
Desechó, cual imposibles,
Sospechas de un doble trato.
Era Rey, nieto de Reyes;
Como tal, por sacrosanto
Tuvo el seguro ofrecido
Por otro Rey, su aliado.
Este seguro, españoles,
Que aun entre el cafre inhumano
Fué firme, inviolable siempre,
Sólo á un buen Rey ha faltado.
El oficioso convite
Fué, para prenderle, un lazo,
Y echóle la vil cadena
Con el beso y los abrazos.
Cadena que arrastra el triste
Sólo porque le adoramos,
Y de su cuello inocente
El nuestro está amenazado.
¿Y en paz sufrirlo podemos?
¿Y el acero toledano

No esgrimimos? ¿Nuestros nombres
Mancillará oprobio tanto?
¿Dónde están los nobles hijos
De Ramiro y de Pelayo?
Buen Cid, ¿son estos tus nietos?
¿Son estos tus castellanos?
Al arma, al arma, españoles,
La Patria os llama; corramos
Al arma, á vengarla fieles
Y como buenos muramos.
No á crédulas esperanzas
El pecho abráis; en tardando,
Todo es perdido, y los grillos...
¡Oh, baldón! ¡Pude nombrarlos!
Grillos y duras esposas
Nos aguardan; nuestras manos
Los llevarán y mendigos
Viviremos infamados.
Ved si no la triste Italia,
Y allá en Roma el Pastor Santo
Hecho el indigno juguete
Del mismo que tanto ha honrado.
Ved al holandés sufrido,
La Prusia, el rudo polaco,
El noble alemán; de sangre
La Europa entera hecha un lago.
Creyó sus nobles promesas,
Ciego el portugués, y á saco
Dadas sus ricas ciudades,
Maldiciendo está su engaño.
Por la ambición de uno solo
El mundo gime; los campos,
Los talleres, la oficiosa
Industria, todo asolado.
Seremos lo que son ellos,
Viles, míseros esclavos,
Y nuestras hijas y esposas
Servirán á su regalo.
Nuestros venerables usos,
Nuestras leyes, el sagrado
Culto y fe de nuestros padres
Veránse por tierra hollados.
Estas leyes y este culto
De que tanto nos preciamos,
En que dichosos nacemos
Y con la leche mamamos,
Acabarán como un día,
Allá en los tiempos infaustos
De Witiza y de Rodrigo,
Míseramente acabaron.
¿Y lo sufrirán los nietos
De los que ochocientos años
Combatiendo contra el moro,
Al Africa, al fin, lo echaron?
¿Los que heroica frente hicieron
Al invencible romano,
Y con Sagunto y Numancia
Invencibles se abrasaron?
No, tanta mengua no cabe
En pecho español; volvamos
La vista á nuestros abuelos
Y cuidemos de imitarlos.
Un Ejército no es nada
Contra un pueblo que, ligado
En nudo fiel, sus hogares
Defiende á todo arrestado.
Diez millones de españoles
No son, no queriendo, esclavos;
Sientan los bravos de Jena
La fuerza de nuestros brazos.
Sientan que aún arde en los pechos
Aquel glorioso entusiasmo
Que un traidor entibiar pudo,
Pero no pudo apagarlo.
Esas lucientes corazas,
Esos sables, esos cascos
Que llevan, ¿son de otro temple
Que fueron los africanos?
Los vencisteis, porque libres
Quisisteis morir; hagamos
Hoy lo mismo, y la victoria
Nos ceñirá con sus lauros.
La Patria os llama y el Rey;
Corred, corred á librarlo
De los grillos; arma suenen
El Ebro, el Turia y el Tajo.
Todo suene al arma, y todos,
Del niño al trémulo anciano,
Soldados, la vida demos,
Como buenos, por entrambos.
De Madrid, así en la plaza,
Decía un buen castellano,
Y «¡al arma, al arma—decía—,
Por nuestro buen Rey Fernando!»

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

ALARMA SEGUNDA

A LAS TROPAS ESPAÑOLAS

¿Dónde estáis, valientes hijos
De la victoria y la Patria?
¿Vuestra religión se entibia?
¿Vuestro corazón desmaya?
Generales, que á las lides,
Compañeros de sus armas,
Llevándolos, de la gloria
Gozáis ya de sus hazañas,
¿Por qué en la mitad del triunfo
Bajáis la tajante espada,
El atambor no retumba
Y el bronce ardiente descansa?
Corre audaz nuestro enemigo,
Libre en su bárbara saña,
Del Ebro las anchas vegas,
Sus felices campos tala.
Nada, ominoso, perdona;
Hiere, oprime, fuerza, mata,
Y á fuego y á sangre lleva
Del palacio á la cabaña.
Ni al trémulo helado anciano
Librarle pueden sus canas,
Ni á la tímida doncella
Su belleza y sus plegarias.
De los brazos de la madre
Despavorida la arranca
Su brutal furor... ¡Oh cielos!
¡Salvad su inculpable infamia!
¡Ay, que feroz la atropella,
Lucha en vano, en vano clama,
Y expira en los torpes brazos
Que tan vilmente la ultrajan!
Cae moribunda la madre
Con la infeliz, y de rabia,
Ciego el padre, en la impía turba
Su afrenta, matando, lava.
Pero al fin sucumbe y muere,
Y el bárbaro en furia insana
Triunfa impune, y hasta el templo
Corre y nefario lo allana.
Nuestro Dios ved por el suelo.
¡Con qué sacrílega audacia
Lo escupe su inmunda boca,
Lo conculca su vil planta!,
Y en su ansia de vino y oro,
Robando el cáliz del ara,
Lo hace copa de sus brindis,
Y sus torpes triunfos canta.
Soldados: en estos triunfos
Mirad nuestra eterna mancha,
Si dejáis ¡indigna mengua!
Que uno solo vuelva á Francia,
Que sus cánticos aleves
Sean el grito de venganza,
Que os haga correr al puesto
Do Patria y honor os llaman.
Inclitos aragoneses,
¿De qué os sirvió tal hazaña,
Tanto sudor y fatiga,
Tanta sangre derramada?
¿De qué los velludos pechos
Oponer á tantas balas,
Ni á vuestras nobles matronas
Valor tanto en tantas gracias,
Si los que de luto y sangre
Y lágrimas vuestras casas
Llenaron por deteneros,
Impunes al fin se escapan?
Gloriosos hijos del Betis,
No con Bailén sólo acaban
Los vándalos que asolaron
Vuestras vegas afamadas;
Aún respiran más bandidos,
Que mientras el Ebro arrasan,
Blandiendo su infame acero,
Con torva vista os amagan.
Vosotros, que al claro Turia
Bebéis las plácidas aguas,
Esforzados valencianos,
Corred del viento en las alas;
Corred orillas del Ebro
A repetir las hazañas
Que de Valencia en los muros
Celebrando está la fama.
Bailén y Valencia sean
Do el vil francés os aguarda;
En la oprimida Rioja,
Allí está el honor de España.
Allí laureles ó grillos,
Soldados, al arma, al arma,
Y á ceñiros los laureles,
Pues está la suerte echada.
Si tardáis más, el tirano,
Que huella con dura planta
La desventurada Europa
Del polo á la triste Italia,
¡Ay, qué de estragos y muertes
Y qué de horrores y llamas

En su cólera implacáble,
Para acabarnos prepara!
  Sus victorias se eclipsaron
Por vuestra heroica constancia
Y los de Marengo y Ulma,
Con sus yelmos y corazas
  Huyen y medrosos tiemblan,
Y cual tímida manada
De corderos, se retiran
Al crujir de vuestras armas.
  El lo ve, y en su hondo pecho,
Que siente toda la infamia
De su negra alevosía,
Se agita á horribles venganzas.
  Como el tigre en el desierto
que el hambre y la sed abrasan,
Sobre la incauta corcilla
Se arroja y la despedaza,
  Vendrá, y traerá sus legiones
Que oprimen la Scitia helada,
Ofreciendo á su codicia
Por cebo montes de plata.
  Vendrá, y lloraréis de nuevo
Las ciudades asoladas,
Helados campos y mieses
Vuestras madres degolladas,
  Manchado con brutal furia
El honor de vuestras casas
Y entre hierros vuestros hijos
Ir como esclavos á Francia.
  No esperéis, no, que él deponga
Sus odios; las negras almas
No vuelven atrás del crimen,
Y como empiezan acaban.
  Soldados: ved nuestra suerte:
Ya la cadena pesada
Suena en su mano, y con ella
Fiero á su carro nos ata.
  Ya llega, y los pueblos arden
Cual si un torrente de lava
Los abismase, y la tierra
En sangre humea inundada.
  ¡No, soldados! ¡no, españoles!
¡No, Dios bueno! Tal infamia
Y abominación impía
Sobre nosotros no caiga.
  Corred, hijos de la gloria:
Corred, que el clarín os llama
A salvar nuestros hogares,
La religión y la Patria.
  Vil el perezoso sea,
Vil el que vuelva la espalda,
Yo mismo animoso os sigo,
Y opondré el pecho á las balas.
  Partamos, que Dios nos guía,
Pues es tan suya la causa,
Alzando el pendón glorioso
Que nuestros padres llevaban
  Allá cuando el moro fiero
En el Salado y las Navas
La bárbara frente hollaron
Para eterno honor de España.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

MEMORIA DEL DOS DE MAYO

Tum vero manifesta fides, Danaumque patescu !
Insidiae... ¿Quis funera fando
Explicet, aut possit lacrymis aequare furorem?
VIRGILIUS.

  ¿Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel fúnebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió,
  Cuando Mantua sus hijos veia
Oponer á la bárbara gente
La desnuda, la impávida frente,
Que al tirano del orbe arredró?
  Cien falanges de acero cubiertas
Avezadas al pérfido halago
No creyeron que frágiles puertas
Abrigasen valor sin igual;
  Y sedientas de ruina y estrago
De su rostro la máscara tiran,
Y las calles frenéticas giran
Esgrimiendo el oculto puñal.
  Mas el pueblo la trompa guerrera
Y el fusil, impertérrito escucha,
Que sus pechos en súbita hoguera
Encendió la feliz libertad.
  Dondequiera se traba una lucha;
Ni dan ayes las vírgenes vanos;
Todas arman las cándidas manos,
Todas gritan: *¡Valientes, matad!*
  Yace allí el opresor oprimido;
Allí el joven intrépido yace,
Que de plomo raudísimo herido
Libre pudo y vengado morir:
  Muere, sí; y en su muerte se place,
Cuando mira que al vándalo fiero
Ni le salva su cota de acero,
Ni sus artes le pueden servir.

Se redoblan los golpes y heridas;
Más y más el estrépito crece,
Y allá dejan las ínclitas vidas
Los que en oro su nombre tendrán;
El tronar del cañón ensordece,
Y arde el aire con rápido fuego,
Y los bronces, aún cálidos, luego
Nuevas muertes de sí lanzarán.
Todo es sangre y horrores y muerte,
Todo es armas y bélico estruendo,
Que al cobarde, al inválido, al fuerte
Armas puso en la mano el furor.
Mas ¿cuál ruido percíbese horrendo
Tras dolosa pacífica calma?
¿Qué gemido tristísimo el alma
Va cubriendo de yerto pavor?
¡Ellos son! ¡Ellos son! ya murieron
Desarmada la intrépida diestra;
Ellos ¡ay! los que indómitos dieron
Alto ejemplo de ilustre tesón.
La victoria es ¡oh mártires! vuestra;
Que oyó el hecho, y atónita España
Se aprestó con magnánima saña,
Y arboló de venganza el pendón.
De su sangre con largo tributo
Desde entonces el vándalo paga
Llantos, muertes y huérfano luto,
Que aquel día miraba Madrid.
Ni una vez encendido se apaga
El volcán de esta cólera justa,
Y si á esclavos un déspota asusta
Teme á un pueblo que corre á la lid.
¿Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel fúnebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió?

1812.

CRISTÓBAL DE BEÑA.

SONETO

IMPROVISADO CON PIES FORZADOS

A NAPOLEON

Más vano que Jusef y *Abenamar*,
Colgar quisiera al orbe del *meñique*,
Bonaparte, con cuerpo de *alfeñique*,
Traidores ojos, cara *verdemar*.
Pero aunque logre al diablo *desatar*,
Aunque sus malas mañas *alambique*,
Aunque de fiero y valentón se *pique*,
Y aspire el universo á *trastornar*;
Yo su furor vandálico no *temo*,
Pues nunca comerá manchego *arrope*,
Aunque llegue su audacia hasta el *extremo*;
Que aunque boga con fuerzas de *ciclope*,
Si el viento de fortuna quiebra el *remo*,
Su nave hundida morirá hasta el *tope*.

1809.

CRISTÓBAL DE BEÑA.

SONETO

IMPROVISADO EN CADIZ AL VER LA PRIMERA MONEDA QUE LLEGÓ Á AQUELLA CIUDAD CON LA EFIGIE DE JOSÉ BONAPARTE.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladrón
Por llamarse no más Napoleón,
Y mandar de asesinos una grey.
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarrón,
Pues no le pertenece ni un terrón
De los que arando rompe el tardo buey.
No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan de él,
Y con la insignia de Aragón fatal;
La Patria mía borrará con hiel
De unión tan execrable aun la señal.

CRISTÓBAL DE BEÑA.

HIMNO

Renovando la augusta memoria
De aquel día de luto y de espanto,
Hoy sucedan al fúnebre llanto
Ledos himnos de grato placer;
Y laureles de eterna victoria
Den honor á las víctimas fuertes
Que, muriendo con ínclitas muertes,
Libre á España lograron hacer.

I

Aún resuena confuso al oído
El crujir de las armas feroces,

Aún se miran los hechos atroces
Con que al pueblo el tirano irritó;
Y se escucha el fatal alarido,
Y del bronce el estrépito hueco;
Pero á par zumba plácido el eco
Que *¡venganza!* implacable gritó.
Renovando, etc.

II

A las armas el pueblo sañudo
Corrió presto, y lidiando valiente,
De la pérfida y bárbara gente
La insolencia llegó á castigar;
Mas traición quebrantóle su escudo,
Y á traición ¡ay! cien héroes murieron,
Que animosos é intrépidos dieron
Por la Patria el postrer alentar.
Renovando, etc.

III

Y empezamos la lucha gloriosa
Que abatió á los esclavos guerreros,
Y entre tanto seis giros enteros
Nuestro globo dió en torno del sol.
Y vencimos la gente orgullosa,
Y cayó de su trono el tirano,
Y á la Europa arrancó el yugo insano
La energía del brazo español.
Renovando, etc.

IV

Y la sangre que un tiempo vertieran
Esos hoy esqueletos callados,
Cada gota un millar de soldados,
Cada herida produjo un laurel.
Vedlos ahí los primeros que dieran
Nudo el pecho á la bala homicida,
Y supieron sellar con su vida,
Odio al déspota, amor á su Rey.
Renovando, etc.

V

Clave en ellos el trémulo anciano,
Clave en ellos el joven la vista,
Y su pecho en valor se revista,
Y apelliden doquier ¡Libertad!
¡Libertad! ¡Libertad! que no en vano
Tanta sangre nos cuesta gozarla;
¡Libertad! que jamás derrocarla
Será dado á la inicua maldad.
Renovando, etc.

VI

Esos restos de tanto valiente
Que recibe la gloria en su templo,
Sean siempre dignísimo ejemplo
De valor é indomable tesón.
Si otra vez un tirano insolente
Los derechos de España derrumba,
Se alzarán de la cóncava tumba
Por vengar otra vez la Nación.
Renovando, etc,

ANTONIO SABIÑÓN,
Presbítero.

POEMA

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza
De la terrible lucha reposaba
Que por dos lunas agitó su suelo;
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil bárbaras legiones.
En vano ¡oh Dios! en vano
A poner freno á su furor insano
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados ríos;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamara hermanos?
¿Quién osará del rápido torrente
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;
Se ahuyentó nuestra hueste desbandada
Y al furor de la bárbara cuchilla,
Con la sangre de Mayo salpicada,
Tendió Madrid la desdorada frente.
Por vez segunda el Tajo caudaloso
Al inclemente yugo se condena;
Y allá, bajo la tierra, prodigioso
Sepúltase Guadiana
Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando
Las palmas bate, y por los aires suena
Su horrísono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,
Mísera España, de destrozo y ruina,
Cuánto de luto y de amargura y llanto
Tu suelo amaga y tu beldad divina!
Ya cien y cien legiones
Del Ebro cubren la anchurosa margen:
Tiembla bajo la inmensa pesadumbre
La sacra orilla; plumas y penachos
A merced de los céfiros ondean;
Y los petos y yelmos centellean
Del claro sol á la radiante lumbre.
Los normandos frisones
Baten con grave pie la helada tierra;
Piérdense los contrarios escuadrones
Allá á lo lejos entre densa nube;
Crece el estruendo, y el clamor de guerra
Puebla los vientos y á los cielos sube.
De juncos y de adelfas coronadas
Las Náyades, al eco tremebundo,
Sacan del agua los nevados pechos;
Y del bélico apresto amedrentadas,
Lanzan un grito, y cálanse al profundo.
Tened; tened, impíos;
Suspended esas huestes ominosas
De muerte y destrucción; ¿adónde, adónde
Corréis, blandiendo en la terrible mano
La ardiente antorcha y el acero insano?
¡Piedad, piedad, crueles!
¡Merced á Zaragoza!
Mísera, abandonada,
Aún gime dolorida;
Aún brota sangre la reciente herida
Que en ella abriera vuestra cruda espada.
¿No escucháis cuál resuenan por los vientos
Los agudos lamentos
De viudez y orfandad? ¿El sordo ruido,
Cual de lejano trueno, que retumba
Allá en el hondo de la negra tumba,
Do mil valientes víctimas cayeron?
Piedad por una vez: si buscáis ruinas,
Si saciaros queréis en fiero estrago,
Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos
Han que mirar los ojos.
Tended la torva vista, que aún humean
Los techos incendiados;
Aún espantan con sangre mancillados
El suelo ilustre y los endebles muros.
Si empero tanto horror, si tantas muertes
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
La invicta Zaragoza el santo grito
De vencer ó morir; grito tremendo,
Que sobre el trono estremeció al Tirano.
Amenazado, herido,
Ruge con más furor el león hispano,
La sangrienta guedeja sacudiendo;
Y al agresor se arroja, y se complace
La presa entre sus garras dividiendo.
Seguid, seguid: la heroica Zaragoza
Al combate se apresta, á la venganza;
La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué libráis la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Jalón profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas,
Y arrebatar su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras?
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras!
Decid cómo animosos
Los ínclitos del Ebro batallaran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentaran,
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragonés; heridos suenan
Cascos y petos; mézclanse las haces:
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.
En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las bárbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la Patria. ¡Cuántos, cuántos
Siguieron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo Julio; y siete desplomarse
La soberbia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.
Hiela el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;

Y en cobarde rencor trocando el brío,
Cuando la noche á la callada tierra
En luto envuelve y en horror sombrío,
Bombas arrojan, que en su lumbre encienden
El aire tenebroso por do hienden.
A leve impulso, la muralla frágil
En polvo cae deshecha;
Y cual tigre rabioso,
Por ruinas y cadáveres trepando,
Entra osado Verdier por la ancha brecha,
Y Lefèvre orgulloso
La destructora turba acaudillando.
De enemigos cubiertas
Vense calles y plazas; atronando
Rompen las hachas los robustos quicios;
Caen las ferradas puertas;
Arden los edificios;
Y el crudo incendio y la espantosa ruina
Mira el pueblo valiente
Con pecho quieto y con serena frente.
Ya en roncos alaridos
Celebra el triunfo la contraria gente,
Cuando el cañón horrísono tronando,
Las espesas falanges desordena:
Agítase en confusos remolinos
La destrozada hueste; pavorosos
Caudillos y soldados se atropellan;
Y por el plomo destructor heridos,
Caen en la dura tierra confundidos
Con los tibios cadáveres que huellan.
En tanto los terribles moradores
Arrójanles por claros y troneras
Mil muertes y otras mil; allí, arruinando
La quebrantada, altísima techumbre,
Desquícianla; y desplómase atronando,
A impulso de su grave pesadumbre.
Allí, incendiadas vigas y sillares
De los deshechos muros arrancando,
Los impelen con ímpetu; los vientos
Braman con són horrísono apremiados;
Y los fieros guerreros á millares
Quedan entre las ruinas sepultados.
Ni fuga ni piedad: por todas partes,
A la señal belísona, furiosas
Arrójanse las tropas valerosas
Que nacer viera el Llobregat ameno.
La sorpresa, el desorden, la estrechura
Redoblan el horror del trance fiero;
Combaten crudamente brazo á brazo
Guerrero con guerrero;
Saltan rotos los hierros centellantes;
La tibia sangre por doquier humea;
Cada golpe una muerte; cada acero
Húndese en cien entrañas palpitantes.
¿Qué enristrar vale la potente lanza.
Qué el robusto frisón, el fuerte escudo?
Con ímpetu de rayo se abalanza
El bravo aragonés; burla los golpes;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apenas á seguirle alcanza,
Hiérenle; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvando,
Penetra por las astas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos:
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al común estrago
La desesperación; el asta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida;
Y al inclemente amago,
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.
¡Cuántas allí! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que, engreídos,
Leve triunfo á su esfuerzo imaginaran.
La triste nueva de terror sombrío
Cobija el enemigo campamento:
Muere en los pechos el antiguo aliento,
Muere en los brazos el usado brío.
Al rayo abrasador del Can ardiente,
Allí lánguido yace el cruel guerrero;
Mas allá, sobre el arma reluciente
Débilmente apoyado,
Los mustios ojos fijos en la tierra,
Reposo anhela el mísero soldado;
Y apareciendo á su afligida mente
De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
Dentro del pecho congojoso encierra
Hondos sollozos de furor y angustia.
Lefèvre en vano intenta
Las tropas alentar, con faz mentida
Encubriendo el dolor que le atormenta:
Recorre el campo; y su mirar incierto,
La rienda del caballo abandonada,
El tardo paso su penar anuncian;
Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
Sin dello apercebirse,
Se escapa de sus labios un gemido.
Cayó toda esperanza: desde el monte

Descubren á los bravos combatientes
Que vuelan al socorro apetecido
De la heroica ciudad; la nueva hueste
El pavor de los galos acrecienta;
Y cual banda de buitres, que se ahuyenta
Cuando brilla relámpago á lo lejos
Anunciando el horror de la tormenta,
Así dispersos huyen, arrojando
Las mal usadas armas, y á la noche
Su salud en la fuga encomendando.
Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;
Tal el torpe baldón, que en vuestras frentes
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.
¡Y aún osaréis luchar con los valientes
Que tantas veces con heroica planta
Vuestras altivas águilas hollaron!
¡Oh, cuánto afán y destrucción y mengua
Costaros ha la bárbara osadía!
¡Cuán terrible y sangriento
Será el nuevo escarmiento!
Aquí mi voz llegara, y las legiones
Ya con hórrido estruendo
A la ciudad augusta se acercaban.
Sus negras alas desplegó la noche;
Y como en su alta cima ve Moncayo
Las obscuras tormentas apiñarse,
Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo,
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veía
Desparecer, bajo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban
Que era llegado de la gloria el día.
Las calles y las plazas y los muros
Puéblanse, al ronco són, de gente armada;
Mil y mil combatientes
Embrazan el pavés, ciñen la espada,
Y de verdes coronas
Ornadas muestran las augustas frentes.
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada Patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh Patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser; ante el tirano,
De verdugos cercado y de suplicios,
Libre de vil temor, de bajo susto,
Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
Se helará, al expirar, entre mis labios.
Mas ¿quién entre los ínclitos guerreros
El sagrado estandarte tremolando,
Los inflama al combate, á la victoria?
Él es, él es; su rostro resplandece
Con rayos mil de gloria,
Cual iris tras tormenta en el estío;
Sus mayores su escudo le prestaron,
Apolo su beldad, Marte su brío.
No hay duda, él es; ceñido de laureles,
Al invencible Alfonso se asemeja,
Cuando le vió triunfante Zaragoza,
Rescatada por él de los infieles.
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,
Divino Palafox; la madre España
A ti tiende sus brazos congojosa,
Como al hijo de amor; por ti respira;
Agítase contigo en la pelea;
Y, su dolor y angustias olvidando,
En tus glorias y lauros se recrea.
Alienta, triste Patria; que el acero
Ya en su terrible diestra centellea,
Cual rayo en tempestad; su ademán fiero
Es precursor del triunfo; la victoria
Entre el marcial estruendo le acompaña.
Miradle, sí, miradle; repitiendo
El sacro nombre de la madre España,
Se abalanza á las bárbaras legiones
Seguido de la hueste numerosa;
Trábase la ardua lid, el bronce suena;
Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
Cercado de enemigos escuadrones,
Hiende, rompe, destruye, desordena
Cuanto se opone á su denuedo y brío:
¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre
Marcando van su rápida carrera.
La densa niebla, que aún el sol tardío
Con sus nacientes rayos no rompiera,
Envuelve á los feroces combatientes,
Los mezcla, los confunde, y acrecienta
La horrenda mortandad; caen los valientes;
No hay perdón al rendido; á hierro y fuego
Destrúyense las haces inclementes.
¿No basta tanto estrago, tanta ruina?
Nueva lucha arde allí: nuevo destrozo
Allí, y allí también; en la colina,
En la margen del Gállego, en el puente,
En los vecinos campos inundados
Por la profunda, rápida corriente.

La pericia, el furor, la muchedumbre
De la contraria hueste son en vano:
Cede al valor el número, y el arte
Al amor de la Patria soberano.
El furibundo Marte,
La flamígera antorcha sacudiendo,
Recorre el campo; acá y alla revuelve,
Sobre muertos y heridos, los caballos
Del carro destructor; y á la venganza,
A muerte incita con clamor horrendo.
A la voz imperiosa,
Renacer siente el enemigo bando
Su bravura feroz: y se abalanza
Al fuerte parapeto, el nombre odioso
Del sanguinario Déspota aclamando.
De horror y muerte y destrucción preñadas,
Con estruendo espantoso
Revientan las terribles baterías;
Yerma el inmenso llano de enemigos
El fuego asolador; retumba el bronce:
Murallas, combatientes, cielo y tierra
Confúndense entre el humo y desparecen.
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras
Que el mundo encadenaron?
Finó su gloria; cual ligera niebla
Ante recio huracán, se disiparon.
Palmas, coronas mil, Ninfas del río,
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
De mirto y de arrayán; y el dulce canto
La victoria remonte al alto cielo.
En sus ilustres lares,
Tiernas amantes, cándidas esposas,
Con voces armoniosas
Repetirán los plácidos cantares.
Volad, héroes, volad; en la muralla
Las banderas espléndidas ondean;
Suena alegre el clarín; álzanse triunfos;
Sobre tronchadas águilas y picas
Pebeteros riquísimos humean.
Todo era salvas, júbilo, alegría,
Cuando la noche que en el negro carro
Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido había,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el Alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibía:
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,
Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oía,
El horror augustísimo aumentaba.
El ánima del héroe se gozaba
En la terrible majestad sombría,
Cuando temblar sintió bajo su planta
Los profundos cimientos del palacio:
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande: en la tiniebla
Se ve centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Cuando en los reinos de la eterna noche
Cielos y tierra y mares ilumina.
Cércanle en torno insignias y trofeos;
Cúbrelo con su manto la victoria;
Y en el noble ademán, fiero y sombrío,
Ostenta grave su valor y gloria.
«Ilustre nieto (dice en voz pausada):
El placer penetró mi hondo sepulcro,
Cuando incansable, en el ardiente estío,
Lidiar te vi y vencer. Más ardua lucha,
Mayor constancia, esfuerzo y heroísmo
Hora la Patria exige: cuantos males
Abortar pudo el Genio de la guerra,
Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
Para afligir los míseros mortales,
Y el cielo airado en su venganza encierra,
Van sobre tu cabeza á desplomarse.
Naturaleza toda conjurada
Vendrá de lleno sobre ti: la tierra,
En sus profundos senos agitada,
Sacudirá con horroroso estruendo
Defensores, murallas y edificios;
Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
Con mano yerta y pálida tendiendo
El cetro asolador, en vasta huesa
La Patria trocarán de los valientes.
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza,
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán astros, finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará á par del mundo su memoria.
Y la tuya también: grato el destino
Correr me ha concedido ante tus ojos
El velo diamantino

Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afán; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;
Que nunca, dilo al mundo, nunca el cielo
Dejó impune el sufrir á los tiranos.
Mas no feroz el Déspota del Sena
Aherrojará sus inocentes manos,
Ni atará al carro á la nación que un día
Tierra y mar abarcaba, ambas regía.
Así plugo á los hados: Zaragoza
Caerá en expiación; y de sus ruinas
Se alzará sobre el trono refulgente
La libertad de la española gente.
Claro honor de mi estirpe, tú el primero
Arrostrando impertérrito la muerte,
Debes abrir á la Ciudad augusta
El ínclito sendero
De la inmortalidad: jamás cobarde
Tender el cuello á la cadena insana!
Jamás besar la mano enrojecida
Con la inocente sangre castellana!»
«¡Jamás! sí; yo lo juro...» arrebatado
Clamó así Palafox: la helada planta
Abrazó de la Sombra, arrodillado;
Y al estallido súbito de un trueno,
Se disipó el Espectro, como el humo,
Al querer estrecharle contra el seno.
El héroe se inclinó: su pecho fuerte
Sintió oprimido de respeto santo
Y entorpecer sus agitados miembros
El terror silencioso de la muerte.
En éxtasis profundo sumergido
No levantó la faz hasta que el día,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.
Ya el tibio sol con paso perezoso
Su rostro por los montes descubría,
Cuando el cándido lino tremolando,
De la pérfida hueste un mensajero
Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
Y mal oculta entre la verde oliva
La ominosa cadena se descubre.
«¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
Guerra á la usurpación: muramos todos,
Muramos, sí, vengados;
Antes que vernos á las torpes plantas
De bárbaros verdugos,
Sin libertad, sin Patria, arrodillados.»
Así gritó la inmensa muchedumbre: [chados,
«¡Guerra!» el Gállego, el Huerba, el Ebro hin-
«¡Guerra!» sonaron los profundos valles,
«¡Guerra!» Moncayo y su elevada cumbre.
¿Visteis tal vez en el hercúleo estrecho
Chocarse dos corrientes encontradas,
Por los opuestos vientos impelidas?
Mayor era el fragor: mayor estruendo
La Ciudad augustísima asordaba,
Que el que forman las selvas de Apenino,
Por el Aquilo y Noto combatidas.
Crece el marcial clamor; y entre las voces,
De Palafox resuena el ronco acento;
Tal como trueno en tempestad horrísona,
Que el mar acalla y el sañudo viento.
Resuena; y con la diestra no domada,
La flecha ensangrentada
¡Fiera señal de guerra!
Arroja al enemigo campamento.
¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,
Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
Y mengua ajena y propio vencimiento!
Cada luz, nueva lucha; debelados
Vió cada luz los bárbaros guerreros,
Desde el Vístula al Tíber celebrados.
¿Quién domó su altivez, ó quién refrena
Su preciado valor? Endeble valla
De leve polvo y deleznable arena,
Los flacos torreones, sostenidos
En endeble cimiento
Que, al sacudir el viento
El cañón estruendoso, titubea;
¿Serán potentes á atajar la furia
De los que al mundo locos pregonaran
Su irresistible esfuerzo en la pelea?
¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;
¡Ay! que ya derruídos
Los vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera.
¡Tú también! ¡Tú también, Sancha divina,
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer bajo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano
Para inflamar con ella

El horrendo cañón; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.
No más lucha, no más: el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el Occidente
Apenas luce su apagada llama.
Llega la noche: Venus tras las huellas
Del fugitivo sol desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera
Vese salir á la cobarde hueste
Que, á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.
¿Quién el horror de la tremenda noche,
La ciega confusión, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron
Las que sañudos los feroces galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.
Así débil bajel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado;
La mar en vano con furor impío
Bate el roto costado;
Crecen las olas, álzanse á las nubes;
Y en los frágiles leños estrelladas,
En leve espuma bajan y en rocío.
¿Ni cómo numerar tantos guerreros,
Que en el horror de la tiniebla obscura,
En las contrarias haces confundidos,
Tiñeron con mil sangres los aceros?
Cada cual es un dios; ardientes rayos
Lanza en torno de sí; muy más que todos
Impávida, animosa,
La inmortal heroína,
De heridos y cadáveres cercada,
La fuerte diestra intrépida fulmina.
Salve, divina Sancha: amor sublime
De Patria y libertad, tu dulce magia,
Tu imperio soberano
Bendiga eternamente el labio humano.
¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,
Almo dón de los cielos! Tú solmente
El brazo castellano,
Con los hierros de esclavo enflaquecido,
Alzaras contra el bárbaro tirano;
A ti España sus triunfos, á ti debe
Sus lauros Zaragoza... ¡Ay, qué trocada
De la que fuera un día,
En sempiterno duelo sepultada,
Resiste al hado; y de la adversa suerte
La implacable sentencia desafía!
Llegó el plazo cruel; el negro trono,
Sobre pálidos huesos asentado,
Alzó el numen del mal; la cruda muerte,
Blandiendo con el brazo descarnado
La terrible segur, corre y asuela;
Y el contagio letal los puros aires
Inficiona con soplo envenenado.
Los tristes habitantes en sus venas
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
Hinchar los flacos miembros denegridos;
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
Y los cárdenos labios encendidos.
No fuera más terrible el diente agudo
De víbora traidora, cuando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.
Así la virgen yace; así el anciano,
La esposa, el niño, el joven, el guerrero;
Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.
La hermana del hermano
Bebe el hálito infesto, y al sepulcro
Abrazados descienden; tierna madre
Del hijo al expirar la ardiente mano
Oprime contra el pecho:
Y ¡oh triste! el mismo lecho,
La tumba misma unidos los recibe.
Luto doquier y muerte: el hambre excava
Más huesas que el contagio; enflaquecida,
Los amarillos miembros agitando,
Lenta carcome el mísero cimiento
De la angustiada vida;
Y en eterno tormento
A los invictos héroes aquejando,
Hunde en la tumba víctimas sin cuento.
¿Dó los arcos de flores, las columnas,
Los altos monumentos?
¿Dó el bélico clamor de los valientes?
Lánguidos, macilentos,
Rastrando van por las desiertas calles
Los exánimes cuerpos, sostenidos
en la robusta lanza; triste llanto,
Mortal silencio, lúgubres gemidos
Suceden ¡ay! al armonioso canto;
Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,

Vense solmente huesas y sepulcros.
Blanda la tierra os sea,
Héroes de bendición; siempre sereno,
No el cielo turbe vuestra quieta tumba
Con rayo abrasador ni ronco trueno.
Yaced, yaced en paz: Ebro en sus hondas
Concavidades gima congojoso;
Y al correr por el pie de los sepulcros,
Béselos respetoso,
El bramido acallando de sus ondas.
¡Una, mil y mil veces bienhadados
Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
Fijar pudisteis en la libre Patria!
No la veréis arder ni destruída
Buscar entre sus ruinas los despojos
El vándalo feroz; ni ensangrentados
Los santos templos; y la tierna esposa
Al triunfal carro y los queridos hijos
Y los ancianos padres amarrados.
Tan aciago momento
Natura entristecida
Presagió con agüeros pavorosos
La faz mostrando en sangre enrojecida,
El sol se oculta, y las opuestas nubes
Tiñe con mil celajes horrorosos;
De pálida corona circuída,
La luna brilla apenas, y se pierde
En medio de los cielos tenebrosos;
Y es común voz que por los aires vagan
Pálidas luces, que en la triste noche
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden,
Y á los mortales siguen,
Si huyen con pie medroso; y raudas vuelan,
Si con osada planta las persiguen
De tan tristes auspicios amagada,
Ve impávida acercarse el fin tremendo
La heroica Zaragoza: derruídos
El mal trabado muro y torreones,
En pálidos espectros convertidos
Los fieros campeones;
¿Qué valladar enfrenará el impulso
De las fieras falanges enemigas?
Cobardes, sí, cobardes,
Ni medir osan el traidor acero
Con el débil guerrero
Que apenas mueve el paso mal seguro,
Ni penetrar por el deshecho muro;
Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que osaran
Señores proclamarse de la tierra,
Las célebres legiones
Que desde el Nilo al Báltico llevaran
La asolación y espanto de la guerra,
Los ínclitos caudillos cuya fama
Temblar hiciera tronos y naciones,
No asaltar osan las augustas ruinas
De la triste ciudad, que á un tiempo mismo
Contrasta invicta cuantas crudas plagas
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.
¡Eterna maldición al primer hombre
Que al arte diera y la cobarde astucia
Lo que al valor y esfuerzo fué negado!
Nunca, nunca naciera; y victoriosa
Aún nos mostrara su divina frente
La noble Zaragoza.
¡Ay mísera! ¡cuál arde! ¡cuál incendian
Mil y mil bombas los dorados techos!
Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
Y alcázares y templos y edificios
Desplómanse deshechos.
Sopla sañudo el Abrego, derrama
El fuego asolador; entre humo y polvo
Sube ondeando la sonante llama;
Las nubes rompe con radiantes sulcos,
Y el negro cielo con su lumbre inflama.
Crece el voraz incendio; resplandece
La abrasada ciudad, cual una hoguera;
Y el horror aumentando el sacro río,
En su móvil espalda reverbera
El trémulo fulgor, y arder parece.
¿Por qué le fuera dado al hombre insano,
Con ánimo perverso,
Trocar en destrucción cuanto fecundo
Para su bien le ofrece el universo?
¿Por qué, buen Dios, bajo su torpe mano
Natura esclavizada
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
La madre tierra en sus profundos senos,
La asolación abriga y el estrago
De los héroes del Ebro; conmovida
Por el profundo incendio, se estremece
Con súbito fragor; ardientes minas
Horrísonas revientan: piedras, arcos,
Al cielo arroja la explosión tremenda;
Todo es incendio y ruinas;
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
Cien pórticos, y junto
Derrúmbanse cien torres en un punto.
Víctimas inocentes
Bajo rotos escombros oprimidas
La muerte invocan; sus agudos ecos
Retumban en los huecos
De las confusas ruinas, y se hiela

La sangre al escucharlos: busca el hijo
Bajo los propios techos arruinados,
Bajo los techos que nacer le vieran,
El paterno cadáver insepulto;
Y ante sus mismos ojos tierna madre
Ve hundirse para siempre
Las prendas de su amor en el profundo.
La constancia, el furor, el heroísmo
¿Serán de algún valer? Otra vez y otra
El horroroso abismo
Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
¿Adónde, adónde huir? Bajo la planta
Resuenan roncos truenos;
Y al estampar la huella, entre humo y polvo
Por medio de la tierra dividida
Muestra la eternidad sus hondos senos.
¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
Del profundo cimiento, se estremece
De polo á polo la ciudad divina;
Y vacila, y desplómase, y su ruina
De espanto cubre á las legiones fieras.
Así en tremendo día
Bramó el hórrido viento furibundo;
El eterno equilibrio
Perdió la tierra en la región vacía,
La mar inundó el mundo;
La Atlántica se hundió; y al sumergirse,
Pavorosos los vientos se aplacaron,
Y los mares su aguas enfrenaron.
Fué Zaragoza, fueron sus valientes,
Su esplendor fué; su célebre renombre
Resta tan sólo... ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo
Sobre la humilde voz del débil hombre,
Acoge mi plegaria bondadoso:
Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper ni el venerando suelo
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goce, antes de morir, en negra noche,
Sólo de algún relámpago alumbrada,
Visitar sus escombros respetoso:
Allí posará el alma; dulce llanto
Descargará mi pecho comprimido;
Y en las opacas ruinas escondido
El pavoroso buho
Me adulará con su agorero canto.
Allí sumido, entre el horror y espanto,
En meditar profundo,
Recorreré los siglos, la caída
De cuanto ufano presentara el mundo.
¿Qué es ya de la ciudad que al suelo ibero
Dió dulce libertad en santas leyes?
¿La que ostentaba en su palacio augusto
Tantos despojos de vencidos reyes?
¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
El hervir de la gente, el ronco estruendo
Del parche temblador? ¿Cómo no truena
El horrísono bronce sobre el muro?
Largas calles por tierra derribadas,
Lúgubre soledad, mustio desierto,
Ruinas ensangrentadas
La vista anublan, y el cabello erizan.
¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero
Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde
Al ímpetu feroz de su venganza?
¿Quién?.. Torna, Palafox, torna á la vida,
Caudillo triunfador; vibra el acero;
Blande la dura lanza;
Acomete, destruye
Cien legiones y ciento;
Acorre al patrio suelo, que oprimido
En bárbaro tormento,
Contra el yugo inhumano
Implora tu favor, y clama en vano.
En vano, triste Patria; que luchando
Entre los yertos brazos de la muerte
Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,
Respira apenas tu adalid valiente.
En su lívida frente
Impreso está el furor; hierve su pecho;
Y con mortales ansias apoyado
En la débil siniestra,
Asir intenta la invencible espada
Que al lado pende del aciago lecho.
¿A qué aguardáis, oh vándalos? Heridos,
Moribundos, cadáveres, escombros,
¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...
Entraron... ¡ay!.. entraron los verdugos...
No más; perdona, oh Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte:
Triste el laúd resuena destemplado,
Al pulsarle mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos,
Que unidos á mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento,
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Bajo el obscuro, encapuzado cielo,
Bastara sólo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo.

Francisco Martínez de la Rosa.

CANTO GUERRERO

PARA LOS ASTURIANOS

A las armas, valientes astures,
Empuñadlas con nuevo vigor;
Que otra vez el tirano de Europa
El solar de Pelayo insultó.
Ved que fieros sus viles esclavos
Se adelantan del Sella al Nalón,
Y otra vez sus pendones tremolan
Sobre Torres, Naranco y Gozón.
Corred, corred briosos,
Corred á la victoria,
y á nueva eterna gloria
Subid vuestro valor.
Cuando altiva al dominio del mundo
La señora del Tibre aspiró,
Y la España en dos siglos de lucha
Puso freno á su loca ambición;
Ante Asturias sus águilas sólo
Detuvieron el vuelo feroz,
Y el feliz Octaviano á su vista
Desmayado y enfermo tembló.
Corred, corred briosos, etc.
Cuando suevos, alanos y godos
Inundaban el suelo español;
Cuando atónita España rendía
La cerviz á su yugo feroz;
Cuando audaz Leovigildo, y triunfante
De Toledo, corría á León;
Vuestros padres, alzados en Arvas,
Refrenaron su insano furor.
Corred, corred briosos, etc.
Desde el Lete hasta el Piles Tarique
Con sus lunas triunfando llegó,
Y con robos, incendios y muertes
Las Españas llenó de terror;
Pero opuso Pelayo á su furia
El antiguo asturiano valor;
Y sus huestes el cielo indignado
Desplomando, el Auseva oprimió.
Corred, corred briosos, etc.
En Asturias Pelayo alzó el trono
Que Ildefonso afirmó vencedor;
La victoria ensanchó sus confines,
La victoria su fama extendió.
Trece Reyes su imperio rigieron,
Héroes mil realzaron su honor,
Y engendraron los héroes que altivos
Dieron gloria á Castilla y León.
Corred, corred briosos, etc.
Y hoy, que viene un villano enemigo
Libertad á robaros y honor,
¿En olvido pondréis tantas glorias?
¿Sufriréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,
Más que el godo y el árabe atroz,
¿Sufriréis que esclavice la Patria,
Que el valor de Pelayo libró?
Corred, corred briosos, etc.
No creáis invencibles ni bravos
En la lid á esos bárbaros, no;
Sólo en artes malignas son fuertes,
Sólo fuertes en dolo y traición.
Si en Bailén de sus águilas vieron
Humillado el mentido esplendor,
De Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
Corred, corred briosos, etc.
Alcañiz arrastró sus banderas,
El Alberche su sangre bebió,
Ante el Tormes cayeron batidos,
Y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heroica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
Y las ondas y muros de Gades
Su sepulco serán y baldón.
Corred, corred briosos, etc.
Y vosotros, de Lena y Miranda,
¿No los visteis huir con terror?
¿Y no visteis que en Grado y Doriga
Su vil sangre los campos regó?
Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?
Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?
Los que ayer eran flacos, cobardes,
¿Serán fuertes, serán bravos hoy?
Corred, corred briosos, etc.
Cuando os pide el amor sacrificios,
Cuando os pide venganza el honor,
¿Cómo no arde la ira en los pechos?
¿Quién los brazos nerviosos ató?
A las armas, valientes astures,
Empuñadlas con nuevo vigor;
Que otra vez con sus huestes el Corso
El solar de Pelayo manchó.
Corred, corred briosos,
Corred á la victoria,
Y á nueva eterna gloria
Subid vuestro valor.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

ODA

Á LA INSTALACIÓN DE LA JUNTA CENTRAL DE ESPAÑA

No más, no más, oh Patria, enmudecido
Te podré contemplar; naces gloriosa
A mi amor otra vez y á mi esperanza,
Y el canto de victoria te es debido.
¡Días de horror! La nube tenebrosa
De muerte y destrucción que te cercaba
Atónito miraba,
Y postrada al dolor el alma mía,
Y un yerto horror corriendo por mis venas,
Más quise no gozar la luz del día
Que verte moribunda entre cadenas.
Sí: yo las vi en tus manos
Cuando en tu seno maternal cayeron
Tus caros hijos, por la vez primera
Heridos del puñal de esos tiranos.
¡Oh amada Patria! Si la sangre fuera
Unico alivio á tus acerbos males,
Tuya es también la sangre de este pecho;
En noble amor deshecho
Al ver volar tus hijos denodados
A salvarte ó morir, gemí, y la suerte
Envidié de tus ínclitos soldados.
Mas no sólo el acero
Y el cañón destructor te amenazaba,
Que á no tener más armas ese fiero,
Nunca temiera ¡oh Patria! verte esclava.
¡Ah! no cesó tu riesgo en la victoria,
Vengada sí quedaste, no segura:
Ya de la orilla impura
Del Sena, en sangre libre mancillado,
Con ominoso vuelo
La discordia infernal partido había,
Y se agitaba por tu hermoso suelo.
Ya, ya devora con sangrientos ojos
Víctimas mil y mil; ya las centellas
De funesta ambición deja sembradas,
Y pábulo les prestan los enojos.
El tirano de Europa las pisadas
De su numen genial atento mira,
Y en silencio traidor la llama espera
Del vengador volcán por que suspira:
«Sirva tu mismo ardor, oh nación fiera,
Clama, á ponerte el yugo
Que al mundo todo destinar me plugo.
»¡Qué! ¿Aún restan hombres? ¿La servil ca-[dena
Desdeña ese rincón del continente,
Cuando mi nombre y mi temor lo llena?
Por límites fijé los anchos mares
A mi futuro imperio,
Y sólo esos feroces insulares,
A quien defienden las hinchadas olas,
Pudieran escapar al cautiverio.
Mas ¡qué insulto! ¿Las armas españolas
Impenetrable muro
Serán á mi ambición? Perezca España,
Perezca, sí; lo juro,
Sus mismas manos vengarán mi saña.
»¿Quién de esos atrevidos campeones
Moderará el ardor? La sed de mando
Dividirá bien pronto los pendones
Que el vano nombre unió de su Fernando;
En tanto que en prisiones
Melancólica sombra va acabando,
Mantenga la traición mi antigua gloria;
Venza yo, que el oprobio es del vencido,
El vencedor es dueño de la historia.»
Mas ¡ah! tronando el cielo
La blasfemia escuchó, y al punto alzado
En medio de los campos de Castilla,
No, exclamó el numen del ibero suelo;
No, resuenan los plácidos verjeles
Que el sacro Tajo baña.
No, dicen de su orilla los laureles,
Y allá en eco lejano,
No, repiten los montes de la España,
No, responde bramando el Oceano.
No es vencedor el vil, ni las traiciones
Tienen poder contra los nobles pechos;
Nuestros heroicos hechos
Pasmada escuchará la edad futura,
Y tú el odio serás de las naciones;
Mira cuál se apresura
El valiente español, y estrecha el lazo,
El lazo fraternal que te estremece;
Mira cuál de la Patria en el regazo
Su altivo amor de independencia crece.
La Patria es su deidad, he aquí su templo:
Al punto abriendo las ferradas puertas
De las regias mansiones
Que la negra traición dejó desiertas,
La dulce voz de *Patria*,
Resuenan los dorados artesones
No acostumbrados á tan alto acento.
«Pueblos de Iberia, ved aquí el momento,
Prosigue el numen sacro, en que sellada
Va á ser la independencia generosa
Que está con vuestra sangre ya comprada.

»Pueblos, jurad (alzada está allí el ara)
Que execración al universo sea
Del oro ó del poder el alma avara;
Y el que encendiese la funesta tea
De la discordia en tan gloriosos días,
No encuentre asilo en el paterno suelo;
Con pasos temerosos,
Y en eterno desvelo,
Esquive, agonizando, sus hogares,
Y al querer reposar entre sus lares,
De la justicia santa
Sienta siempre el cuchillo en su garganta.»
Dijo el numen, y un grito de alegría
Confirmó el juramento sacrosanto,
Y del suelo español, llena de espanto,
Para siempre voló la tiranía.
Los vientos entretanto
Por la faz de la Europa conmovida,
Susurran libertad, y las naciones,
Alzando al cielo la temible frente,
Y respirando encono,
Hacen temblar al déspota en su trono.

José María Blanco y Crespo.

A LA VICTORIA DE BAILEN

Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía,
Y sacude con noble bizarría
Sobre el robusto cuello la melena:
La espuma del furor sus labios llena,
Y á los rugidos que indignado envía,
El tigre tiembla en la caverna umbría,
Y todo el bosque atónito resuena.
El león despertó; temblad, traidores;
Lo que vejez creísteis fué descanso;
Las juveniles fuerzas guarda enteras.
Perseguid, alevosos cazadores,
A la tímida liebre, al ciervo manso;
¡No insultéis al monarca de las fieras!

Andrés Bello.

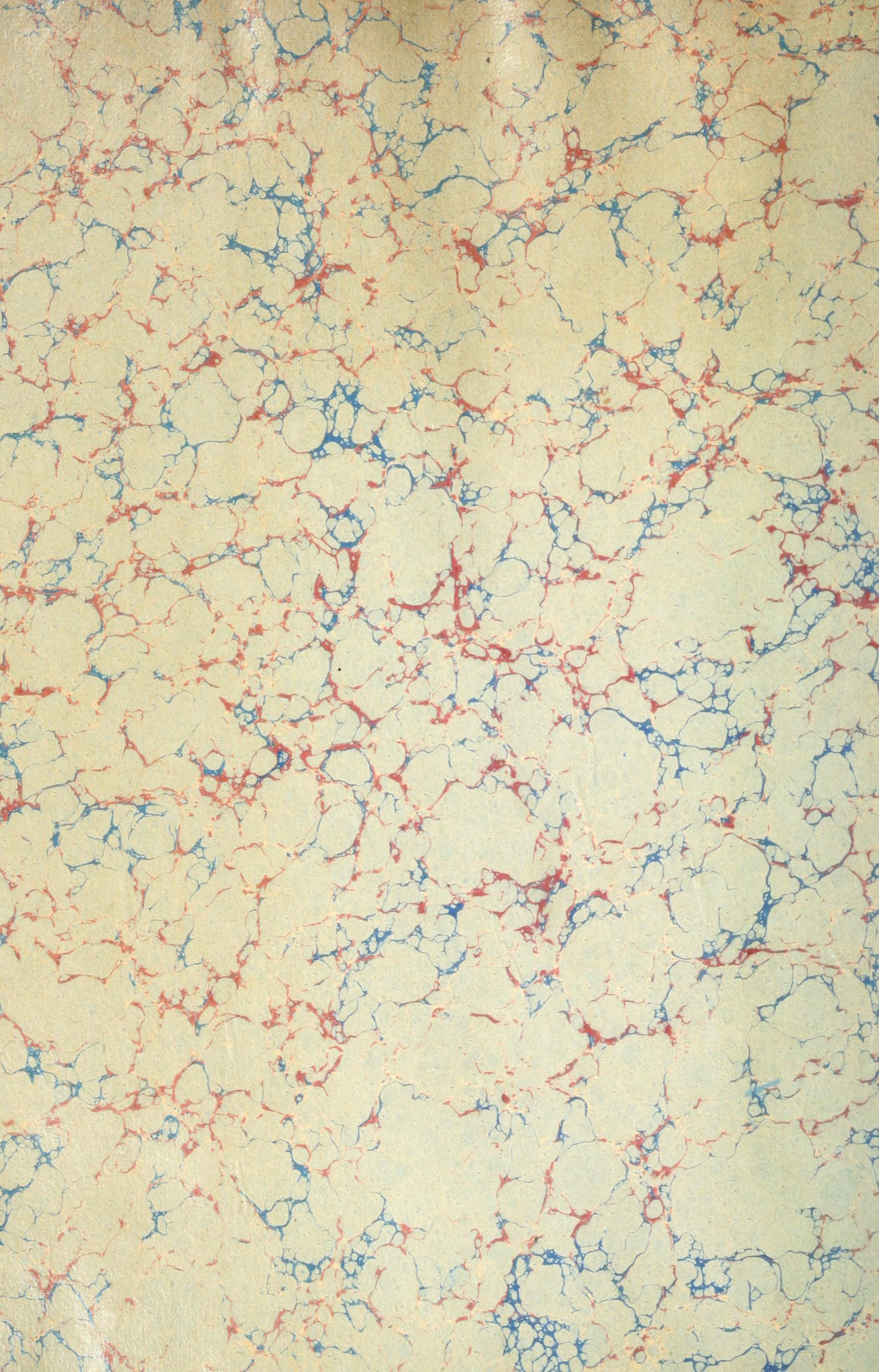
LA VICTORIA DE BAILÉN

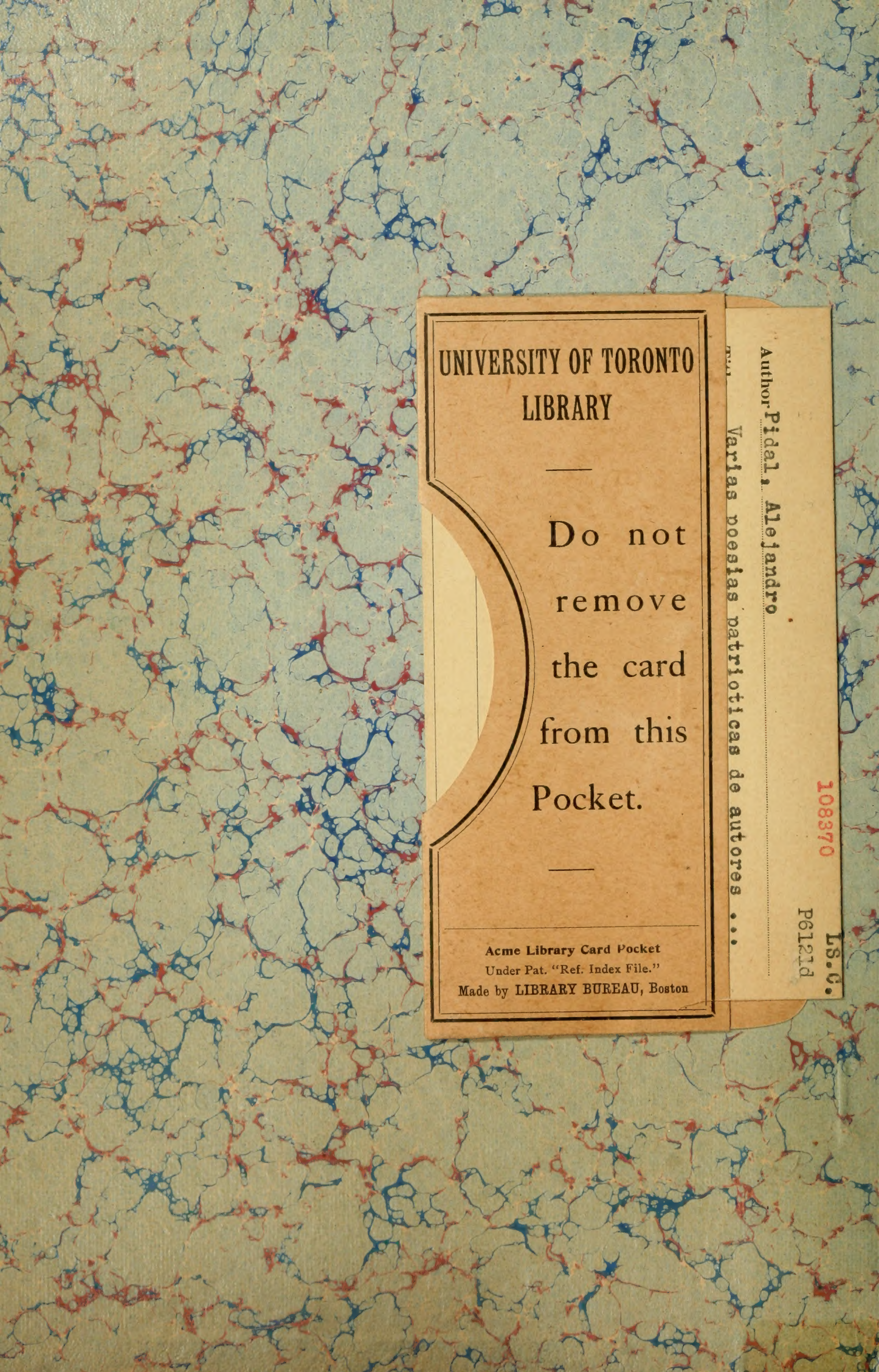
Tronó la alzada cumbre de Pirene
Y sobre el suelo hispano
Lanzó horrorosa nube de asesinos,
Y las madres de Iberia al triste pecho
Los hijos estrecharon,
Y piedad y venganza reclamaron.
Pasa el dorado Tajo y las vertientes
Del Marïano monte
La caterva sin ley. Nuevas matanzas
Vienen y nuevos destrozos meditando;
Y en su furor sañoso
Dijo entonces el bárbaro orgulloso:
«Venid, y en la florida Andalucía
De oro y sangre saciemos
Nuestros sedientos pechos. Sús, varones:
¿No sois los invencibles que llevaron
Muerte, luto y ruïna
Del Rin á la remota Palestina?
»Mirad vuestros laureles. Reteñidos
Están de sangre humana,
Y de inocente lloro salpicados.
Teñidlos más y más. *Que gima el hombre:*
La Bética asolada
Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.
Y ¿qué, la España aclaman y Fernando
Esa mísera gente?
El yugo esquiva que se digna darles
El Gran Napoleón? ¡Necios! perezcan,
Y allá en la tumba fría
Los laureles recuerden de Pavía.»
Así dijo aquel fiero, que tendiera
Sobre el Arno florido
Los silenciosos velos de la muerte.
No olvidarás, Arezo, su barbarie,
Ni tú, playa tirrena,
De cuerpos muertos de tus hijos llena.
Y marchan, y en el Betis centellea
El águila ominosa,
Y en los muros de Córdoba asolada:
El campo hermoso, que la estéril nieve
Burló de Enero yerto,
El hórrido cañón vuelve en desierto.
Mas ¡oh! ¿cuáles banderas se despliegan
Contra el águila altiva?
Forjóse el rayo en el ardiente seno.
De Híspali la leal: ya despedido,
Venganza amenazando,
Los aires que atraviesa van quemando.
¿Huyes fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo enjambre
De bárbaros no miras
Que sangre y oro enfurecidos claman?
¿Huyes y el ancho Betis interpuesto
Y la sierra fragosa
Aún no aseguran tu crueldad medrosa?
Españoles, volad. Hijos de Marte,

Que el Ganges y el ocaso
Hicisteis resonar con vuestro nombre,
Volad, arrebatad á esos perjuros
Sus laureles odiosos,
A la mísera Europa tan costosos.
  Castaños inmortal, nombre de triunfo,
Dulce alumno de Palas
Y querido de Marte, á ti encomienda
Su justa causa España: la victoria
Tus estandartes guía,
Y su temido rayo te confía.
  A la gloria conduce y la pelea
La juventud ardiente,
Que el sol occidental benigno mira.
Esgrima, esgrima el paternal acero,
Que de sangre agarena
Tiñó mil veces la española arena.
Marchas, guerrero, y lentitud prudente
Los ímpetus enfrena
De ese escuadrón de héroes: al soberbio,
Que en su terror afecta despreciarte,
Tus fuerzas ocultando,
La inevitable tumba van labrando.
  Así vuelva tal vez cándida nube,
Cuyos bordes colora
El sol naciente de risueña grana,
Cuando la tempestad horrible lleva
Contra el cielo sereno,
Y el rayo asolador ruge en su seno.
  O cual águila augusta, que divisa
La garza descuidada
En la otra parte del tendido cielo,
Sube tranquila á la región suprema,
Donde el viento enmudece,
Y en el alto cenit audaz se mece:
  Ve y se complace en la segura presa,
Y más veloz que el rayo
Rápida por los aires se desprende;
El redoblar de sus batientes alas
A lo lejos resuena,
Y de triste pavor las aves llena.
  Así glorioso con torcida marcha,
Que el mismo Marte guía,
El enemigo bando acometiste;
Y avaro así de la española sangre,
El laurel de tu gloria
No mancharán los fastos de la Historia.
¿Quién sube por el Betis? ¿Quién terrible
El defendido paso
Rompe ya de Mengíbar? ¿Quién asciende
A las alturas de Bailén y al campo,
Do humea todavía
Del sarraceno infiel la sangre impía?
Y qué, Dupont, ¿vacilas? La alta sierra
Te niega sus gargantas,
Por sus audaces hijos defendidas.
¡Mísero! ¿Dónde irás? Tienes delante
Cabe el Betis undoso
Al fuerte ibero de tu sangre ansioso.
Huye, infelice, huye; negra noche,
Escudo de malvados,
Cubre en tu horror su vergonzosa fuga;
Mas ¡ay! que en tu camino se interpone
Nuevo escuadrón valiente,
Que *rendirte ó morir* sólo consiente.
  Truena el cañón: del monte despedido,
El horrísono estruendo
Las campiñas del Betis va llenando,
Y entre el rumor del parche estrepitoso
Desolación y guerra
Anuncia atroz á la afligida tierra.
Mas ¡oh! cede el impío: su fiereza
Y su orgullo altanero
Postra el valor del inmortal Castaños:
Yace abatida el águila rapante,
Terror de las naciones,
Al pie de nuestros fuertes escuadrones.
¡A Castaños victoria y á la Patria!
A los hijos valientes
Del almo Betis gloria inmarcesible!
¿De España acaso triunfará el impío?
El ibero ardimiento
¿Sabrá humillarse al opresor violento?
¡Ah! no. Allá triunfe sobre el Rin nevado,
O cual tigre rabioso
En las selvas del Vístula domine,
O al otomano estúpido, que el yugo
Trueca ledo y tranquilo,
Fácil sojuzgue en el remoto Nilo.
  Guerreros valerosos, en un día
Vengasteis los baldones
Con que el tirano envileció la España:
Del Mayo infando las llorosas sombras,
En la tumba se alzaron,
Y al vengador ilustre saludaron.
  No, no es inútil la vertida sangre,
Ni el valor desgraciado,
Que la fortuna injusta no corona.
La sangre de Leónidas fué á los persas
La señal de rüina
Y los lauros regó de Salamina.
Vive, glorioso vengador: tu nombre

Tiembla al galo vencido,
Y venera la Europa belicosa:
Vandalia, madre antigua de guerreros,
Su claro honor te llama,
Y España libre tu valor aclama.
¡España, España! ¡Amada Patria mía,
Patria de los valientes
Que el largo oprobio de tu faz borraron!
Cuando tu afecto de mi pecho salga,
Mi cantar abatido
Sepúltese en el polvo del olvido.
Ni en las umbrosas faldas de Helicona
Honor tenga mi lira,
Y mustio, de mi frente envilecida
Caiga el laurel sagrado de los vates,
Cuando á tu excelsa gloria
El cántico no entone de victoria.
¡Oh Patria! ¡Nombre amado, que al oirlo
Las almas enajena!
¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?
¿Cuál es el corazón de duro bronce
Que tus males no llora
Ni al bienhechor que te defiende adora?
¡Hijos de España! ¡Pueda el canto mío
Vuestras heroicas almas
Enardecer! ¡Al campo de la muerte
Volad! Y los fortísimos aceros,
De la Patria esperanza,
Esgrimid por su gloria y su venganza.

Alberto Lista.





UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not
remove
the card
from this
Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston
Author Pidal, Alejandro
Varias poesias patrioticas de autores ...
108370
LS.C.
P6121d

